

REAL SOCIEDAD ECONÓMICA MATRITENSE

DE

AMIGOS DEL PAIS

FM

315

SOLEMNE SESIÓN

CELEBRADA

EN EL

Salón de Sesiones del Excmo. Ayuntamiento de Madrid

EN

CONMEMORACIÓN DEL II CENTENARIO

DEL NATALICIO

DE

D. Pedro Rodríguez de Campomanes

(Conde de Campomanes)

1 DE JULIO DE 1923



Imp. y Lit. de Rodríguez de Llano.

Plaza del Blombo, 2.

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

CAMPOMANES, EL MÁS GRANDE DE NUESTROS ECONOMISTAS

DISCURSO

DEL

Ilmo. Sr. D. Abelardo Merino.

C. de la Real Academia de la Historia

y

Bibliotecario de la Sociedad.

46956



48850

CAMPOMANES, EL MÁS GRANDE DE NUESTROS ECONOMISTAS

Preside, con sobradísima razón, este acto solemne, la imagen del insigne Carlos III, a cuyo nombre se evoca, cual con mágico conjuro, una época de glorias para la patria, un renacimiento magnífico en cultura y en civilización, sólo comparable al que alcanzaron nuestros pueblos en días de Roma, en los esplendorosos de la dominación árabe o en los tan gratos de rememorar en que se sentaban en el solio Fernando e Isabel.

Vedle ahí con aire pacífico, a pesar de la férrea armadura, que no vistió. La sensación que da el pincel coincide con la que transmite la pluma de Fernán Núñez. En la fisonomía del monarca se ofrecían casi en el mismo momento dos efectos y aún sorpresas opuestas: «la magnitud de su nariz presentaba a la primera vista un rostro muy feo, pero pasada esta impresión, sucedía a la primera otra mayor, que era la de hallar en el semblante que quiso espantarnos una bondad, un atractivo y una gracia que inspiraban confianza y amor» (1).

Cien mil anécdotas nos le presentan ansioso del bien del país **que regía**, ordenado, metódico, sensible, afable, óptimo varón en lo privado y en lo público, excelente padre de familia, y tan buen esposo como lo atestiguan estas frases que hubo de dirigir al prior del Escorial: «Gracias a Dios no he conocido nunca más mujer que la que Dios me dió; a ésta amé y estimé como dada por Dios, y después que ella murió me parece que no he faltado a la castidad, aun en cosa leve, con pleno conocimiento (2).

(1) Fernán Núñez, *Compendio de la vida de Carlos III*.

(2) Fernán Núñez, *Compendio de la vida de Carlos III*, cap. último.

Esto explica los lamentos de los napolitanos en aquella despedida llena de ternura, según la describe Beccatini, en que entre «todo el pueblo», «pocos eran los que podían contener las lágrimas de dolor al ver que se les ausentaba el que había creado o mejor resucitado un reino en lo que veinticinco años antes era sólo una provincia lejana y despreciada en el fondo de la península del Apenino» (1).

El milagro iba a repetirse aquí; y es que el hombre dilecto, nuevo Moisés que hacía brotar la abundancia de las peñas, aunque acaso, como quieren los críticos, no fuese un gran talento, tenía algo que vale más: rectitud, voluntad, acierto en la elección de sus Ministros.

Y entre aquella constelación de activos e inteligentes auxiliares (los Aranda, los Floridablanca, etc.) fulge, deslumbradora estrella, la figura del Conde de Campomanes.

Ahora hace justos docientos años, en el 1.º de Julio de 1723, nació en Santa Eulalia de Sorriba, parroquia del concejo de Tineo en el principado de Asturias, D. Pedro Rodríguez Campomanes, de familia honrada pero humilde y escasa de recursos.

Si otros con erudición y galanura no lo hubiesen hecho, esta sería ocasión de hablar de la laboriosidad y aplicación demostradas cuando niño por quien, desde muy pronto, dió claras pruebas de las altísimas dotes que la Naturaleza le concediera. Pero después del *Elogio* que hizo el Sr González Arnao, (2) huelga repetir, aunque todo esté lleno de ejemplaridades, los progresos de aquel joven en muchas cosas autodidacto, la repugnancia casi instintiva que sintió ante el árido escolasticismo del Padre Froilán que era el curso de Artes que le servía de texto, la resolución espontánea de comprender la legislación de Roma directamente en la *Instituta*, la lucha tenaz que sostuvo en su país nativo y en Madrid, donde entró de pasante cuando escasamente contaba diez y nueve años, en el bufete de uno

(1) Beccatini, *Vida de Carlos III*, lib. II.

(2) González Arnao (D. Vicente). *Elogio del Excmo. Sr. Conde de Campomanes*. Memorias de la Academia de la Historia, tomo V.

de los primeros jurisperitos de la capital y la ardiente afición al estudio de quien dedicó a él, con ansia febril, todas las horas posibles del día y de la noche abarcando, simultáneamente, el Derecho, la Geografía antigua y moderna, la Historia de todos los pueblos, las lenguas europeas de más uso, aparte de las clásicas, griego y latín, que dominó, y del hebreo y del árabe.

En cuanto se recibió de abogado destaca en el foro, cuando en los Tribunales, llamaban la atención hombres tan eminentes como Curiel, D. Juan José Ortiz, Roda, etc. Los dictámenes del novel letrado, demostraban el práctico profundo y el observador perspicaz. Los negocios le acudían y la parlera fama voceó sus méritos allende las fronteras.

Los hombres de gobierno fijáronse pronto en él y le llevaron a la Administración. Empezó proponiéndosele para Alcalde de Casa y Corte; luego se le nombró Fiscal del Real Consejo, en 1765, del que llegó después a ser Presidente. Presidió también el consejo de la Mesta. Fué asesor de Correos, miembro de la Sociedad Filosófica de Filadelfia y de la Academia de Inscripciones de París. El justificado aprecio del Monarca le concedió el título de Conde y la gran cruz de Carlos III. Y asombra que entre tantos y tantos asuntos, tantas dificultades, tantas preocupaciones, aún conservase espíritu para escribir importantísimas obras acerca de nuestro pasado, proponiendo orientaciones excelentes a la Academia de la Historia, que no sólo le admitió en su seno, sino que le puso a su frente, para que la guiase en sus tareas cuando en ellas tomaban parte profundos investigadores e insignes eruditos.

Los críticos momentos porque atravesaba la Monarquía en sus contiendas por la jurisdicción eclesiástica, echaron sobre los hombros de Campomanes carga pesadísima, lo mismo en el asunto de la Compañía de Jesús que en los que creaban las doctrinas *regalistas* en auge a la sazón, interviniendo por igual en los del *Monitorio* contra Parma, en la reducción de los mercenarios, en la prohibición de dar hábitos antes de los veinte años de edad, etc., etc. Y al mismo tiempo ocupábase de cuestiones civiles, y de lo tocante a Ciencias, Artes, Enseñanza y Literatura.

Pero de todo esto, repetimos, se ha tratado ya, agotando otros biógrafos casi el tema. También se le ha considerado como escritor, viendo en su lenguaje gran propiedad y en su estilo una fácil elegancia; aunque dejara comprender que jamás sacrificaría el fondo a la forma, prefiriendo el ser claro y el instruir a no hacer párrafos sonoros. En cambio su elocuencia era sorprendente: «los magistrados le escuchaban para persuadirse de lo justo o de lo útil al reino; los interesados en los negocios, para excusarse de otro defensor de la justicia, o para convencerse de que erraban en sus pretensiones; y la multitud que ocupaba la sala y puertas, atraída por la fama del orador, para enmudecer y pasmarse» (1).

En lo puramente personal e íntimo se le ha tachado de bastante afecto a los intereses, aunque esto, sin desdoro para una honradez acrisolada y para una integridad indiscutida como funcionario. También se le tilda de acre y bilioso, según se traslucía en su semblante duro. No se olvide que las profesiones de la vida suelen influir hasta modificando la fisonomía y y aspecto exterior de las personas: el cargo de fiscal, de suyo tan severo, pudo muy bien producir este efecto en el respetable conde; pero aunque así hubiese sido, ¡cuántos no cambiarían la sonrisa de su rostro por las acciones y glorias de tan benéfico Magistrado!

Ciudadano ejemplar, buen esposo, amigo consecuente y protector sincero es un modelo magnífico para cuantos pretenden, atravesando los peligrosos caminos de la vida pública, conservar libre de manchas el honor y sacar incólume y sin desgarraduras la conciencia.

Las razones ya apuntadas nos mueven a buscar novedad a nuestra disertación en tema apenas estudiado: el de considerar a Campomanes cual el más grande de nuestros economistas.

Pero para tratar el asunto, aunque sólo sea de modo sintético, es preciso demos a conocer cómo era el campo en

(1) González Arnao (D. Vicente). *Elogio del Excmo. Sr. Conde de Campomanes*. Memorias de la Academia de la Historia. Tomo V.

que desplegó sus actividades de este orden el asturiano insigne.

La concepción económica en que se mueve el mundo contemporáneo deriva de los descubrimientos de los españoles. Después de los viajes de Colón y de las épicas empresas conquistadoras de Cortés y de Pizarro, la riqueza mueble supera a la riqueza inmueble, portentosa transformación que arranca el poder de manos de la nobleza y del clero, acaparadores de la última, para pasarle a las de las clases trabajadoras. El comercio del Mediterráneo cede ante el del Atlántico, realmente gigantesco para atender a las necesidades de dos continentes; y, como consecuencia, tiene que organizarse la gran industria con sus enormes fábricas que sustituyen a la pequeña manufactura y al taller. En esto venían ya implícitas todas las crisis de la Revolución como todos los conflictos sociales de nuestra época.

Desde muy pronto vióse la transcendencia de los hechos apuntados, en nuevas orientaciones que nacen, no en España —motor casi inconsciente de tan estupendas perturbaciones, y que en sus flotas traía un río de oro— sino en Inglaterra, Francia y los Estados Holandeses que hubieron de prepararse para, por el trabajo, hacerse aquí dueños de lo que nosotros conseguíamos en Ultramar manejando la espada.

A los pensadores galos corresponde indiscutiblemente el puesto de honor, en lo que toca al desenvolvimiento de las nuevas doctrinas. El antecedente obligado vese en Montchretien (1) que denominó por vez primera *Economía política* a tal género de estudios y en las reformas y teorías de Enrique IV y de Sully (2); pero sólo toman completo cuerpo con Luis XIV y con su gran ministro Juan Bautista Colbert.

El *colbertismo* (3), que tanto influye como obstáculo en la

(1) *Le traité de l'Oeconomie politique* de Antoine de Montchretien ha sido editado en 1889 por Th. Funck-Brentano, con introducción y notas.

(2) Sully, *Oeconomies royales*. Consúltese Desclozeaux, *Etudes critiques sur les Oeconomies royales de Sully*, en la *Revue Historique* de 1887.

(3) Veáanse: Colbert, *Lettres, instructions et memoires*, ocho tomos en 10 volúmenes, 1861-1882; Climent, *Histoire de Colbert et de son administration*, 1874, dos volúmenes; Joubleau, *Etudes sur Colbert*, 1856, dos volúmenes; Hecht, *Colbert's politische und volkswirtschaftliche Grundanschauungen*, 1898, etc.

obra de Campomanes, es el sistema proteccionista en toda su amplitud, caracterizándose por el ideal de que un Estado es tanto más rico cuantos más metales preciosos posee y, en la práctica: 1.º, por la creación de manufacturas reales (los Gobelinos, las fábricas de tapices de Beauvais y de Aubusson, la de espejos de Saint Gobain, la de encajes de Alençon, la de paños finos de Abbeville, etc.); 2.º, por la imposición de tarifas o fuertes derechos aduaneros a la entrada de los artículos manufacturados; 3.º, por la prohibición de la salida de los trigos y la regulación de su compraventa de provincia a provincia; 4.º, por la reglamentación minuciosa de los oficios, para hacer la producción nacional tan excelente como la mejor extranjera; 5.º, por la construcción y cuidado de caminos, puertos y canales con los que se facilitara el movimiento mercantil, y 6.º, por la formación de Compañías para atender al tráfico con las Indias Orientales y Occidentales y con los países del Norte. Los resultados obtenidos con estas medidas fueron, en aquella época, fabulosos.

Luego de tratar de Colbert deberían analizarse los trabajos de Vauban y de Boisguillebert (1), antic Colbertistas partidarios del libre juego de las leyes naturales y de la competencia; pero la coordinación acabada de las ideas nuevas fué obra de los *economistas* del tiempo de Luis XV (2). Las teorías del papel-moneda, de los Bancos y de las Compañías oficiales para el comercio exterior pudieron afinarse después de los ensayos desastrosos del escocés Law. Melon, secretario de Law, defendiendo con un *Ensayo político sobre el Comercio* (3), la errónea doctrina de su maestro sobre las ventajas del aumento ilimitado de numerario; y Dutot, en las *Reflexiones políticas sobre el Comercio y la Hacienda* (4), proclama la conveniencia de una unidad monetaria fija. Estas áridas cuestiones, empujadas por

(1) *Oeuvres* de Vauban y de Boisguillebert, en la colección Daire.

(2) Véase L. de Lavergne, *Les économistes français au XVIII^e siècle*, París, 1870.

(3) Melon, *Essai politique sur le commerce*, en la colección Daire.

(4) Dutot, *Reflexions politiques sur les finances et le commerce* colección Daire.

su misma transcendencia, se ponen sobre el tapete como cosas de viva actualidad: en los salones son objeto de discusión, y un grupo de especialistas, reúnese en el *club del entresuelo* para estudiar las reformas que se iban considerando imprescindibles. Como reacción a exageraciones recientes, Quesnay fundó la *Escuela fisiocrática* (1) bajo el principio fundamental de que la Agricultura es la única fuente de toda la riqueza; recomendaba también el impuesto único y directo sobre el suelo. El intendente Gournay (2) hizo de moda el «dejar hacer, dejar pasar», y reclamó, frente a la reglamentación asfixiante por minuciosa, la libertad del Comercio y de la Industria, como Quesnay predicó el que no debe intentarse *a fortiori* la baja del trigo, y la conveniencia de que se le dejara circular y vender.

La labor que tal desarrollo tomaba en Francia, completóse en Inglaterra, donde, en pleno siglo XVII, Petty explicaba sus famosas fórmulas: «el trabajo es el padre de la riqueza, la tierra es la madre», y esta, no menos profunda: «el valor de una cosa depende de la cantidad de trabajo necesaria para producirle». Tales teorías tienen pleno desarrollo en el celeberrimo *Ensayo* de Adam Smith (3).

La triste situación financiera de Luis XVI hizo que en Francia, mejor que en Inglaterra, tratárase de hallar la solución a los conflictos en los programas de los reformadores, y el Monarca se hubo de echar en brazos de un hombre inteligente, honrado y hábil, el insigne Turgot (4). Después de imponer una prudente economía en los gastos y el orden en la gestión de la contabilidad y de los presupuestos, atreviose a dar la batalla en tres puntos fundamentabilísimos: en 1774 permitió comprar, vender y circular libremente los trigos y las harinas;

(1) Quesnay, *Tableau économique*, etc.

(2) Turgot, *Eloge de Gournay*.

(3) V^e G. de Puymode, *Études sur les principaux économistes*, 1868.

(4) Turgot, *Oeuvres* (colección Daire); Condorcet, *Vié de Turgot*, 1786; Mastier, *Turgot, sa vie et sa doctrine*, 1862; M. Chevalier, *Turgot et la liberté du travail*, 1873; Foncin, *Essai sur le ministère de Turgot*, 1877; J. Tissot, *Étude sur Turgot*, 1885; Neymarck, *Turgot et ses doctrines*, 1885; L. Say, *Turgot*, 1887.

en 1776 abolió las corporaciones o gremios, maestrías y vedurías, proclamando la libertad de oficios y de industrias; acto seguido se dispuso a exigir impuestos a las clases exentas de ellos, por privilegiadas, y que eran las más ricas de la nación. «Como los gastos del Gobierno, decía, tienen por objeto los intereses de todos, todos deben contribuir a ellos, y cuanto más se disfrute de los beneficios de la Sociedad, más se debe tener a honra contribuir a sostener las cargas». El Antiguo Régimen se resistió a estos ataques: Turgot cae, y tras él caen el Antiguo Régimen y la cabeza de Luis XVI, apareciendo en escena una democracia plena de amagos anarquistas o socialistas.

A este ambiente de fuera, en que tanto se hubo de inspirar Campomanes, correspondió en nuestra Patria, conforme ya se ha dicho, una gran dejación durante los siglos XVI y XVII, en todo lo tocante a los diversos ramos de la pública economía.

Como éramos el puente por donde cruzaban los rendimientos de las minas del Nuevo Mundo, no nos preocupábamos de producir y conservar lo que resultaba fácil, dado el nativo arroyo, el conseguirlo con el acero. Y aquí en Europa, cumplíamos la misión, misión augusta, de ser los campeones de la doctrina de Cristo, frente a las paganías del Renacimiento o frente a los avances de la reforma. Nuestros antepasados, que hubiesen llevado a hombros la leña para quemar a sus hijos herejes, consumíanse o en mística exaltación en lo interior, o en hidalga vida externa, abandonando el pan para esgrimir la pica en Francia, Alemania, Holanda e Inglaterra frente a los protestantes, en el Mediterráneo frente a turcos y piratas argelinos, en América, en Oceanía y Asia por extender el imperio de la Cruz.

«No faltan algunos pensadores que ven los peligros de nuestra existencia irreal. También hablan de todos los asuntos de la agricultura, industria, comercio, población, riqueza, moneda e impuestos Mariana (1), el Padre Pedro de Guz-

(1) Mariana. *Tratado y discurso de la moneda de vellón que al presente se labra en Castilla y de algunos desórdenes y abusos.*

mán (1), Caxa de Leruela (2), Antolín de la Serna, Sancho de Moncada (3), Gerónimo de Ceballos (4), Fray Angel Manrique (5), González de Cellorigo (6), Gaspar Gutiérrez de los Ríos (7), el Padre Andrés de Mendo (8), Alvarez Osorio (9), Diego José Dormer (10), Cristóbal Pérez de Herrera (11), Navarrete (12), Ordóñez (13) y Fray Juan de Medina (14).

Pero nuestra misión histórica del momento exigía una altura moral acaso sólo posible en el *otium cum dignitate*. Hasta los últimos pegujaleros de Castilla sentíanse hidalgos; y los próceres, expresión del orgullo de la estirpe, gobernaban, viéndose grandes y pequeños incapacitados para dar importancia a las cosas materiales de una vida que se hallaban prontos a sacrificar por su Rey y por su Dios.

Tantos esfuerzos fueron infructuosos: los ideales de Don Quijote vienen abajo ante las estacas de los desalmados yan-güeses. Y cuando a principios del siglo XVIII, sin Flandes, Cerdeña, Sicilia, Nápoles, el Franco-Condado y Milán, sin Portugal y las posesiones lusitanas, sin sangre en las venas, tuvimos que retirarnos de la contienda más gloriosa que conocieron los hombres, hubo que rectificar la conducta como el

-
- (1) El Padre Pedro de Guzmán, *Bienes del honesto trabajo*.
 - (2) Caxa de Leruela, *Restauración de la abundancia de España*.
 - (3) Sancho de Moncada, *Restauración política*.
 - (4) Gerónimo de Ceballos, *Arte real*.
 - (5) Fray Angel Manrique, obispo de Badajoz, *Socorro del estado eclesiástico*.
 - (6) Martín González de Cellorigo, *Memorial de la política necesaria y útil restauración de España*.
 - (7) Gaspar Gutiérrez de los Ríos, *Noticia general para la estimación de las artes*.
 - (8) El Padre Andrés de Mendo, *Príncipe perfecto y ministros ajustados*.
 - (9) Alvarez Osorio, *Extensión política y económica*.
 - (10) El arcediano Diego José Dormer, *Discursos históricos políticos*.
 - (11) Cristóbal Pérez de Herrera, *De la reducción y amparo de los pobres*.
 - (12) Pedro Fernández de Navarrete, *Conservación de monarquías*.
 - (13) Ordóñez, *Monumento triunfal de la piedad católica*.
 - (14) El Padre Medina, *La caridad discreta*.

noble que, tras de sus campañas donde cumplió como bueno, vuelve a la tierra de los mayores para hacerla prosperar, porque atendiéndola, rinde culto a las cenizas, en ella incorporadas, de los antepasados.

Y como habíamos perdido, en una existencia extra-natural, los hábitos de lo corriente, preciso fué que vinieran a darnos el impulso, desde más allá de las fronteras, los Orry y los Amelot, enviados por Luis XIV al Madrid de Felipe V. Pero los desengaños sufridos con Riperdá y con Alberoni obligaron a nuestro rey a prescindir de extranjeros, que no nos comprendían y nos vilipendiaban.

Aquí se consiguió, de golpe, arrancar las funciones administrativas y similares a la aristocracia (que fué indispensable en su día) para sustituirla con los técnicos, al frente de los que ha de ponerse a D. Melchor Rafael de Macanaz, hombre de los avanzados de su época y en quien el mercantilismo de Colbert aparecía templado por las teorías de Boisguillebert y de Vauban: así lo explican sus memorables *Auxilios para bien gobernar una monarquía católica*, que presentó en 1722 a su Soberano. Allí indicaba ser «de mucha importancia las buenas fábricas» y manufacturas y «el modo para que se adelanten las pocas que tenemos y se establezcan las que no hay»; decía igualmente lo que «se debe hacer en los puertos del reino, dónde se ha de fabricar y quienes costear los artífices»; aseguraba ser el Comercio «el principal nervio de la Monarquía» y sostuvo que «las minas de oro y plata, lejos de causar opulencia a la nación, la constituyen en suma miseria».

Hace parejas, con la de Macanaz, la figura del insigne benedictino el Padre Jerónimo de Feijóo, quien sin salir nunca de su profesión de religioso, educó con su pluma a las gentes de aquellos tiempos; y en los *discursos* de su *Teatro*, así como en sus *Cartas eruditas* tocó casi todos los asuntos referentes a política y economía con notable talento y muchos bríos. Véase, verbi gracia, lo que trata acerca del *Valor de la nobleza e influjo de la sangre*, de *La ociosidad desterrada y la milicia socorrida*, de la *Honra y provecho de la agricultura*, de la *Erección de hospicios en España*, del *Exter-*

minio de ladrones y del Proyecto para aumentar la población (1).

En lo oficial, con D. José Patiño y con Campillo, se organizan los servicios de Guerra, Marina, Indias y Hacienda, y se crea el personal competente, los oficinistas o *covachuelos*, como se dijo entonces por los amigos del pasado, que les pusieron alguna vez en solfa (2).

Pero los reformadores continuaron impertérritos en sus trabajos meritísimos que hubieron de culminar con los que llevó a cabo D. Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada, a quien pertenecen, aquí, las primeras iniciativas para crear la contribución única, el establecimiento del giro, el de la inscripción marítima, la construcción de muchas y grandes obras públicas y la restauración de los arsenales de Cartagena y La Carraca (3). Las siguientes palabras de sus enemigos convierten

(1) Campomanes, que tenía en mucho las obras del portentoso polígrafo, hizo de ellas edición completa con biografía donde dice: "la memoria de este varón ilustre será eterna entre nosotros, en tanto que la nación sea ilustrada, y el tiempo en que ha vivido será siempre notable en los fastos de nuestra literatura."

(2) En la *Gaceta octava* (jueves 26 de Enero de 1736) del *Duende crítico* se lee:

"Para un negocio de estado
de la mayor importancia
llamó D. José Patiño
en El Pardo una mañana
sus íntimos consejeros
Ustáriz, Reyes y Aladra,
covachuelistas andantes
raras figuras de España,
tan Quijotes en el cuerpo
como Sanchos en el alma".

y en la *Gaceta 11ª* (jueves 16 de Febrero de 1736) aparece: *Didlogo político entre maestro y discípulo*: *Maestro*; Decidme niño ¿sois covachuelo? *Discípulo*; Sí, por la gracia de Patiño. *Maestro*; ¿Qué quiere decir covachuelo? *Discípulo*: Hombre ignorante y presumido y sobre todo a Patiño afecto. *Maestro*: ¿Cómo se ostenta la grandeza de Patiño?, etc.

(3) Para conocer el alcance de los proyectos de Ensenada conviene estudiar con cuidado el *Informe* que presentó a Fernando VI, fechó en Madrid en 1751.

en páginas de gloria lo que se presenta como cargos y acusaciones: «Envió muchas gentes ociosas a cortes extranjeras y remotos países con crecidos sueldos y gratificaciones para que se divirtiesen, y nos trajesen de vuelta los vicios que nos faltan. Así lo hicieron, y así sucedió, porque se pasearon muy bien, consumieron mucha parte del Real Erario, y el uno vino con la grande novedad del Código prusiano para la brevedad de los pleitos, el otro con el nuevo ejercicio de las tropas, algunos de estos con la noticia de Hospicios y Loterías, con sus reglas de conservación para establecerse en España; otros con el método de fábricas y manufacturas; otros con investigar medallas y otros monumentos de la antigüedad; otros para perfeccionarse en la Cirugía pasaron a París; algunos otros recorrieron las cortes para la química, conocimientos de hierbas medicinales y específicos, y los ingenios, para acabar de volverse locos con las construcciones de navíos, muelles de puertos, nuevas fortificaciones, canales para riego y otras obras inútiles. Y también fué destinado otro a corromper la generosidad de nuestros vinos en vinagre, para imitar el de Champaña, paseándose por el reino y embargando sus bodegas; de manera que si danza de monos viajeros no ha sido, o delirio del juicio humano, no sé que sea; la lástima fué que no viviese Cervantes para mejorar su libro y aventuras del Don Quijote, porque asunto más propio no podía encontrarle su grande ingenio» (1).

(1) A la caída de Ensenada aparecieron infinidad de papeles contra él, sin que faltasen otros empeñados en defenderle como uno manuscrito donde se dice:

“Cuantos en esto hablar quieran
hablen bien, que es justa ley,
pues los arcanos de un Rey
no se indagan, se veneran;
no al pobre marqués le hieran
ni en su estimación se rocen
los que sangre noble gocen;
que el tirar a la honra es culpa
que sólo tiene disculpa
en los que no la conocen”.

La mayor gloria de Ensenada fué, sin duda, la de haber tenido como discípulo a Campomanes.

Carlos III, cuando desembarcó, acompañose de extranjeros de buen intento, pero con los inconvenientes tan comunes en cuantos han nacido fuera y aquí vienen. La misma esposa del Rey escribía, apenas llegada, a Tanucci: «Esta nación no ha sido conquistada completamente... En todas sus cosas hay algo de barbarismo acompañado de una gran soberbia...» Y el monarca «para cosquistarnos» quiso valerse de hombres de otros países que, como es natural, fracasaron y dieron margen a un motín célebre en la Historia. Carlos III rectificó en el acto y llamó a gobernar a españoles de pura cepa, los continuadores de Macanaz, Patiño, Campillo, Ensenada y que fueron, especialmente, el Conde de Aranda, el de Floridablanca y el de Campomanes.

Este último, como Ministro Fiscal y luego Gobernador del Consejo, se ocupó de los asuntos del interior en lo concerniente a las cuestiones sociales y a la riqueza, abarcándolas con una mirada altamente comprensiva y sin olvidar la prudencia indispensable en quien quiere llevar a la práctica cualquier género de teorías.

Examinemos pues la actuación del Conde en lo más substancial, dentro del orden económico, ya que nos falta espacio para extendernos en el detalle.

Lo tocante a la Agricultura se hallaba, en nuestro país, en lastimosísimo estado.

El inglés Young describe la situación mísera de los campos en Cataluña y en el Pirineo.

El Padre Feijóo habla del suelo inculto e interroga: «¿Hay hoy gente más infeliz que los pobres labradores? ¿Qué especie de calamidad hay que no padezcan?» Agregando después: «de las inclemencias del cielo sólo toca a los demás hombres una pequeña parte; mas los labradores, todo el año y toda la vida están al ímpetu de los vientos, al golpe de las aguas, a la mo-

lestia de los calores, al rigor de los hielos... Veo que este trabajo es inseparable del oficio; tolerable empero cuando la fatiga del cultivo les rinde frutos con que alimentarse, vestido con que cubrirse, habitación donde se abriguen, lecho en que descansan. Yo, a la verdad, sólo puedo hablar con perfecto conocimiento de lo que pasa en Galicia, Arturias y León. En estas tierras no hay gente más hambrienta ni más desabrigada que los labradores. Cuatro trapos cubren sus carnes; su habitación está igualmente rota que el vestido; su alimento, un poco de pan negro acompañado de algún lacticio o alguna legumbre vil, y con todo esto, un continuo y rudísimo trabajo corporal desde que raya el alba hasta la noche. Su vida es más penosa que la de los delincuentes que la justicia pone en las galeras; y de suerte aún más infausta que la de los bueyes, siembran, aran, siegan y trillan, y después viéneles la más sensible de todas las fatigas, que es conducir los frutos o el valor de ellos a las casas de los poderosos, dejando en las propias la consorte y los hijos llenos de tristeza y bañados de lágrimas *a facie tempestatum famis*» (1).

Y, como remedio, propone el escribir libros de Agricultura, crear en la Corte un Congreso de labradores acomodados que discutan todas las cuestiones que interesan a su profesión y que sirvan para ilustrar las reformas del príncipe y de enseñanza a sus conciudadanos, aprovechar el beneficio del agua de los ríos, en ninguna parte menos utilizada que en España, repoblar los bosques, consagrar cada terreno al fruto que le sea más apropiado, formar prados indispensables a la ganadería, emplear en las faenas agrícolas únicamente los bueyes y de ninguna manera mulas, y por último, hacer que la autoridad del Soberano determine que no se disminuya el número de tierras que se dedican al cultivo de cepas para emplearlas en otros frutos, y asimismo que impida la transmigración de los labradores de unas provincias a otras, salvo de intentarse la colonización interior. Sobre este particular merecen transcribirse sus palabras: «O los gallegos que se esparcen por las Casti-

(1) *Honra y provecho de la Agricultura. Theat, Crit.* tomo VIII discurso XII.

llas, Navarra y Andalucía tienen que trabajar en su tierra o no. Si lo primero, trabajen; si lo segundo, hágase una extracción reglada de la gente pobre de Galicia y fórmense de ellas algunas colonias en varias partes de España donde hay grandes pedazos de tierra inculta por falta de labradores» (1)

Pero el mayor de nuestros males era el de los *latifundios*, que en otros siglos perdieron no sólo a Italia, sí que a las demás provincias del Imperio de los hijos de Rómulo.

Aquí la gran propiedad acumulábase en pocas manos privilegiadas que no atendían al cultivo, bien por el absentismo reinante o bien por incompatibilidad con las profesiones de los dueños. Según cálculos de fines de la centuria, la Igleria poseía 9.093.400 fanegas de labor, la nobleza 28.306.700, quedando a la plebe 17.599.000 fanegas. Y como la mayoría de las tierras incluso las de las gentes del estado bajo, estaban amayorazgadas, esto es, acumuladas e imposibilitadas de enajenación, se cerraba el camino a todo intento de aumentar la clase utilísima de los pequeños propietarios. En la provincia de Toledo 1.541.688 fanegas son de nobles, y únicamente 657.060 de plebeyos. En Extremadura, la proporción es de 2.149.898 que corresponden a los unos, contra 741.610, de los otros. En Avila hay 157.092 fanegas amayorazgadas, 239.591 de la Iglesia y sólo 8.160 hállanse atendidas por labradores residentes en la localidad. En Palencia, según cierta *Memoria* de 1785, «los más de los labradores son arrendatarios del Cabildo, Ciudad y Comunidades, que son los dueños del campo». Y en Asturias los mayorazgos, los monasterios y las iglesias eran casi los solos terratenientes. Perteneciendo a unos y otras había 133 despoblados en la provincia de Salamanca; 110 con 30.000 fanegas de sembradura en el partido de Ciudad Rodrigo.

Como en días de los Gracos imponíase buscar el remedio a tantos males en salvadoras leyes agrarias. Incluso el Padre Feijóo propuso medios que confinan con los más francos de los socialistas. «El príncipe, aconsejaba, usando del alto dominio que tiene, y que justamente ejerce cuando lo pide el bien

(1) *Honra y provecho de la Agricultura. Theat. Crit.* tomo VIII, discurso XII.



público», ha de ocurrir al inconveniente, «estrechando las posesiones de tierra de modo que nadie goce más de lo que por sí mismo o por sus colonos pueda trabajar, y para el resto de cada territorio se traigan colonos pobres que no tengan que trabajar en su patria. Esta designación de posesiones se puede hacer con tal equidad, que siempre queden mejorados los naturales». Como compensación de este despojo propone que los naturales escojan para sí las posesiones más feraces y dejen las otras para los advenedizos; y en prueba de lo práctico de su doctrina recuerda que los romanos, «prudentísimos en todas las partes de su gobierno, tenían el cuidado de estrechar las posesiones de los particulares por obviar el daño de quedar incultas». Además creía conveniente que la justicia reglara en cada partido el jornal y obligase a los campesinos al trabajo (1).

Campomanes, desde el alto puesto que ocupaba, comprendía perfectamente estas cuestiones; vió el nudo de ellas y trató de desatarle, no con la violencia ni con la precipitación de los ilusos doctrinarios, sino con la calma y circunspección de quien se da cuenta cabal de los peligros de cualquiera novedad poco digerida.

Por de pronto, se dirige a los bienes eclesiásticos, y en el Decreto de 1763 se prohíbe el que se diesen nuevas licencias para amortizar, por «los intolerables daños que se seguían a la causa pública de que, a título de una piedad mal entendida, se fuera acabando el patrimonio de los legos». Algo después daba a luz el celeberrimo y eruditísimo *Tratado de la regalía de amortización* (en 1765), donde se recopilan todos los datos concernientes a la legislación antigua limitativa de las adquisiciones de manos muertas y se defiende la conveniencia de evitarlas en lo sucesivo.

Sentado este cimiento, y antes de seguir más adelante con la amortización eclesiástica y con la civil, los Ministros de la Corona, a instancias de nuestro eximio biografiado, promovieron en 1766 en el Supremo Consejo de Castilla, el expediente

(1) *Honra y provecho de la Agricultura. Theat. crit.*, tomo VIII, Discurso XII.

consultivo de una *Ley Agraria*, que reformara completamente nuestra vida rural.

El pulso que se llevó en la materia fué tanto que todavía en 1786 se continuaba practicando diligencias muy delicadas, y la Ley no salió a luz; pero la actividad que con esto se desarrolló y los estudios profundos que se realizaron hacen la más hermosa manifestación de nuestra cultura durante aquel siglo. El Consejo pidió informe a varias Corporaciones y solicitó el dictamen de personas ilustradas. Y con tal motivo se redactaron «varios papeles que se publicaron o permanecieron inéditos, cuyo resultado fué fijar el rumbo de la Economía Política desde aquel entonces» (1). Olavide proclamaba el principio de libertad como necesario a la restauración apetecida (2). Sisternes y Feliú, si no rompe del todo con el criterio reglamentario a la sazón imperante, se apoya también en las nociones de libertad y propiedad, y busca medios de reducir a cultivo los baldíos para lograr una buena distribución de los campos, regándolos y mejorándolos con buenos métodos de labranza (3). Pereira recomendó el reparto de terrenos realengos y concejiles, el permiso de cerrar y acotar las heredades, la prohibición de amortizar, la abolición perpetua de la tasa y la facultad omnímoda de establecer las condiciones de los contratos (4). La Sociedad Económica Matritense intervino, a indicaciones de Campomanes, y, reunidos infinidad de antecedentes en célebre *Memorial*, una comisión pudo encauzar sus tareas fructuosas, que tuvieron remate en el magnífico *Informe* de Jovellanos.

En la práctica, una disposición oficial de 1768 prohibió se despojase de las tierras a los arrendatarios, sin justo motivo, y otras, en 1785 y 1794, dispusieron que los propietarios no pudieran deshauciar, a menos que se comprometieran a residir en las localidades en que radicarán los bienes, a cultivar la tierra por sí mismos y a dotarla de instrumentos suficientes para ello.

(1) Colmeiro: *Historia de la Economía Política en España*, tomo II, página 108.

(2) *Informe* al Consejo, sobre la *Ley Agraria* (ms.).

(3) *Idea de la ley agraria española*.

(4) *Reflexiones sobre la Ley Agraria*.

Y Campomanes, en otros aspectos de las cuestiones agrícolas, siguiendo orientaciones de Macanáz y de Feijóo, hubo de preocuparse de crear nuevas colonias, para que roturaran los despoblados dentro del territorio peninsular. El Consejo previno a nuestro gran gobernante arreglara y formulara, tal lo ejecuta, con Thurriegel, la conducción y establecimiento de extranjeros en Sierra Morena. Aquí ha de recordarse que del Viso a Bailén, país pronto en plena prosperidad, no se hallaban, a la sazón, sino entre matorrales, malas ventas y un peor camino, en alguno de cuyos trozos era preciso descargar los vehículos, siempre con la amenaza del asalto de los ladrones.

El político ilustre también atendió a otras llagas en su *Memoria sobre los abusos de la Mesta* (1791); como pretendió luchar con la ignorancia al traducir del árabe (en 1751), con Casiri, el *Tratado de Agricultura* de Abu-el-Arram, capítulos XVII y XIX.

Pasando aprisa, pues no háy tiempo para más, a la Industria, diremos que, si arrastrado por el atraso de nuestra Patria, tuvo que transigir con el *colbertismo* en lo de atender a las manufacturas reales (ejemplo y estímulo para el particular) (1), huye siempre de cuanto signifiquen trabas en la protección, acabando con los Reglamentos oficiales de las fábricas y con los gremios.

Tal golpe revolucionario llevóse a feliz remate al traducir ideales tan magníficos en leyes de enorme transcendencia,

(1) Campomanes reconoce que, dada nuestra situación de aquel entonces, había que excitar a todos con el ejemplo de los poderes oficiales. Así, refiriéndose a la fabricación de productos químicos, dice: «Este arte, en toda su extensión, falta en España. Sólo le tenemos para aguardientes, rosolís y mistelas. La salud pública es demasiado importante para depender de los extraños en casos esenciales, cuando no estimulase nuestra industria la mantención de muchas familias... Gran parte de estas cosas se introducen de fuera por no conocerse bien las operaciones químicas. No son dificultosas en la ejecución, pero es necesario enseñarlas y conocer los instrumentos que son a propósito. Un laboratorio químico que se va a establecer en Madrid, producirá maestros para las capitales del Reino.» (Apéndice Educ. Pop).

como lo indica, v. g., esta rápida enumeración, según sale a la pluma, de algunas de las dichas disposiciones: En 1768 y otros años se declararon libres las industrias del jabón, hilado de seda y betunes. En 1777 y 1778 se consiente la venta de tejidos de lana y seda, aunque no se conformasen a las *Ordenanzas* de los siglos XVI y XVII. En 1778 se permite a la mujer el ejercicio de toda labor y trabajo compatibles con su sexo. En 1782 se publican unas *Ordenanzas generales* en que se modifican radicalmente los gremios, facilitando el aprendizaje, prohibiendo las pruebas de limpieza de sangre y otras, así como la venta de maestrías, el fijar el número de maestros y el que subsistiesen distinciones entre los hijos de los maestros y los demás. En 1783 se suprimen las Cofradías gremiales. En 1784 se deroga la reglamentación de lo referente a tejidos de lino y cáñamo. En 1787 se faculta a los tejedores para montar cuantos talleres quisieran, y en 1789 para hacer los tejidos a su gusto. En 1785 se llega a prohibir a los gremios el que impidiesen con multas que ejercieran el oficio los no pertenecientes a él. En 1790 se reconoce que cualquier artesano podía ser autorizado a trabajar sin previo examen. Y en 1793, se dice del arte de torcer la seda, que no es «necesario ni conveniente que se ejecute por personas colegiadas ni gremios determinados». En 1783 Carlos III reconoce que todos los oficios eran honrados y honestos, dejando de ser desde entonces, *bajos y viles*, los de sastre, pellejero, carpintero, pedrero, herrero, tundidor, barbero, especiero, regatón, zapatero y otros.

Todo esto representa el triunfo de Campomanes contra quienes, cual Capmany, salían por los fueros del pasado.

Campomanes, sobre todo en su *Discurso sobre la educación popular*, dió la señal de ataque contra el sistema colbertino, y levantó la bandera bajo la que militaron después, y aún militan, la mayor parte de los tratadistas de asuntos económicos.

En lo tocante al Comercio se hubo de inclinar, igualmente, con valentía, del lado de las libertades.

Como Turgot, hizo lo posible para abolir la tiránica y absurda tasa de los granos, dejando libre el tráfico interior de ellos.

«No han encarecido el pan (decía) sino los ministros, pues los ministros, dieron el precio en que lo tenían los labradores. Las violencias de querer sacarle, hicieron apreciables las resistencias de venderle; y los que tuvieron a beneficio que se lo sacaran de las trojes, de las diligencias de los ministros para sacarlo, hicieron su mayor beneficio en esconderlo. A menos de la mitad de los precios hubiera vendido el trigo la más solícita industria. La tasa de los géneros está en manos del vendedor cuando el género escasea, y el comprador da la ley cuando el género abunda. La ley que atropella la libertad del vendedor o comprador no es justa, ni tendrá jamás observancia. El mismo agravio hay en obligar al cosechero a vender barato los granos en tiempo de carestía, que en compeler a los consumidores a tomarlos caros en tiempo de abundancia. Sólo el comercio libre interior de granos es la balanza para pesar y evitar las extremidades de carestía o demasiada baratez en el reino, tan perjudicial una como otra. Con la primera se arruina el consumidor: la segunda en que los menos han reparado hasta ahora en España, es la que tiene enervada la agricultura, porque no saca de su grano las expensas de la labranza, ni lo que necesita para mantener en pie esta costosa industria, pagar los tributos y rentas del terrazgo» (1).

La ley, en consecuencia, rompió las cadenas que aherrojan el libre comercio de las semillas, y lo hizo «para que tanto en los años estériles como en los abundantes, fuese igual y recíproca la condición de los compradores y vendedores», sin perjuicio de prohibir los monopolios, tratos ilícitos y torpes lucros, y de dictar reglas de buena policía entre los mercaderes (2).

Análoga amplitud de criterio mantuvo Campomanes en lo demás, referente al tráfico interior de los restantes artículos, al tráfico exterior, y muy en especial al sostenido con América que realmente abrió y entregó al mundo cuando antes hallábase acaparada por Sevilla. El 1774 se autorizó el comercio

(1) Campomanes: *Respuesta fiscal sobre abolir la tasa y establecer el comercio de granos*, y *Memorial ajustado sobre los abastos de Madrid*.

(2) Leyes 11-14, tít. XIX, lib. VII, Nov. *Recop.*

libre entre México, Guatemala, Nueva Granada y Perú. Al propio tiempo concedíase a los catalanes autorización, que hasta entonces no tenían, para sostener tráfico con las Antillas y con el Continente, lo que se tradujo en un enorme movimiento en las plazas de Barcelona y Reus (puerto de Salou), y sobre todo en Arenys de Mar. Al fin la pragmática de 12 de Octubre de 1778 abolió completamente el sistema de los galeones y las flotas, autorizando las relaciones mercantiles entre Barcelona, los Alfaques, Palma, Alicante, Cartagena, Almería, Málaga, Cádiz, Tenerife, Coruña, Gijón y Santander con veinte puertos del Nuevo Mundo, a los que se agregaron, por Real decreto de 28 de Febrero de 1789, los de México y Venezuela que quedaban exceptuados. Los beneficios de esta medida resultaron increíbles, la exportación de Nueva España pasó en poquísimos años de 617.000 a 2.850.008 pesos; y en Cuba donde sólo tocaban muy contados buques en 1765, se suministró carga, el 1778, a más de 200.

El patricio ilustre atendió igualmente a las vías de comunicación. Asesor de Correos, formó las *Ordenanzas* y una *Nota geográfica del reino y caminos de Portugal*, impresa en 1762 cuando aquéllas. Y aún, quien desee enterarse del estado del servicio antes y después de las reformas que introdujo, debe estudiar su memorable escrito *Itinerario de la carrera de postas de dentro y fuera del Reino*, en que acumuló interesantísimos y pertinentes antecedentes históricos.

Hasta el 1759 no se recibía en las diversas poblaciones más que una expedición de correspondencia por semana. En este año se principiaron a establecer dos expediciones, y en el año inmediato de 1760 se generalizó esta providencia utilísima.

En el año de 1764 se estableció el correo de Indias yente y viniente; los paquebotes que conducían los pliegos, salían de la Coruña todos los meses para los diferentes puntos de América; para lo cual de todas las cajas le dirigían las cartas sin franquearlas, y las que venían se repartían desde la Coruña con puntualidad a las administraciones a que correspondían.

En el resto del reinado del señor D. Carlos III, y en especial durante la superintendencia del Conde de Floridablanca, recibió este ramo un impulso extraordinario y obtuvo mejoras.

Sería cosa de no acabar el ir mencionando las medidas benéficas, en el orden económico, en que más o menos directamente intervino Campomanes. Lo abarcan todo.

Así insiste, siguiendo a Feijóo, a Macanaz y a Saavedra Fajardo, en lo pertinente a la disminución de días de fiesta, ya que siendo, según sus cálculos, de unos noventa y tres anualmente y suponiendo sólo ocho millones de jornaleros de ambos sexos en el reino, al precio mínimo de dos reales diarios, computaba una pérdida, en los doce meses, de 1.488 millones. Hacía saber a todos que las verdaderas Indias no estaban allende los mares sino en el propio país, siempre que se le atendiera y cultivara. Perseguida la ociosidad, y pretendía que a mendigos y a vagos (más de 140.000 hombres, mujeres y niños, la mayoría en condiciones de trabajar y por lo común con fácil ocupación, si la querían) se les diese empleo a unos en el Ejército y en la Marina, a otros en hospicios, hospitales y Casas de Misericordia en que se habían de montar pequeños talleres y manufacturas. Incluso dirigió su atención a las clases más despreciadas: su *Memoria* acerca de la policía relativa a los gitanos fué llevada casi literalmente a las disposiciones oficiales que aparecieron el 1783 y en que se decía de aquellos «que no son... ni provienen de raíz infecta alguna», prohibiendo se les injuriase, y mandando, a condición de que abandonaran sus maneras de vestir, sus costumbres y su lengua, que se les admitiese en los pueblos, a los oficios y ocupaciones usuales «de igual modo que al resto de los españoles» (1).

La gran preocupación de aquel hombre eximio, y ello demuestra la justicia de esta calificación, fué la de ilustrar a sus compatriotas y, en especial, a las clases que vivían entregadas al trabajo.

A ello hubo de acudir con multitud de opúsculos y traducciones, pero principalmente con dos libros que son en la cuestión, obras cúspides de nuestro siglo XVIII, probando que el

(1) *Memoria sobre el modo de emplear de modo útil a los vagabundos y otras gentes y Memoria sobre la policía relativa a los gitanos* (1763 y 1764).

reformador no obraba por inspiraciones de momento, sino obediente a un grandioso plan muy plausible. Nos referimos al *Discurso sobre el fomento de la industria popular* y al portentoso *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento*, cuyos cuatro volúmenes de *Apéndices* contienen la reimpresión de algunos Tratados de Economía de el siglo XVII (Osorio y Martínez de Mata), mas la versión de varios manualitos técnicos (de minería de carbón, de fundición de hierro, de cerrajería, de cuchillería y de pesca, etc.), y un repertorio de leyes relativas a las fábricas y al tráfico.

«Toda la atención, decía, se ha llevado (hasta ahora) al estudio de las especulaciones abstractas y aun en éstas ha habido la desgracia de que en las materias de ningún uso y vanas, haya solido ponerse más ahinco que en los conocimientos sólidos y usuales. Nuestra edad, más instruída, ha mejorado las ciencias, y los hombres públicos no se desdeñan de extender sus indagaciones sobre los medios de hacer más feliz la condición del pueblo, sobre cuyos hombros descansa todo el peso del Estado. Las gentes de letras tienen en la república el encargo que en las tropas los oficiales. Mas, ¿a qué provecho pagar éstos, si no se cuidase de tener disciplinado ejército a que aplicar sus experiencias y doctrinas!» (1)

Y que el infatigable sembrador supo fecundar tantas ideas, demuéstrole el gran número de prosélitos que hizo.

En primer lugar toma parte muy activa en la formación de las Sociedades Económicas de Amigos del País; y, luego, de modo más directo y personal, en la de un plantel de hombres desinteresados que representan el portavoz y el brazo de sus buenos propósitos.

Uno de tales hombres (nos alegráramos de poseer mayor espacio, para llegar hasta un bien merecido detalle), fué don Pedro Díaz de Valdés, que laboró al lado del maestro y utilizó la selecta y copiosa librería del mismo, para luego abrazar la vida eclesiástica y demostrar en su curato de Cataluña las incalculables ventajas de que los sacerdotes entendieran de cuestiones de industrias, así como de las agrícolas y sociales;

(1) *Discurso sobre el fomento de la industria popular*. Madrid, 1774.

escribió *El Padre de su Pueblo* (1), derramó por todos lados beneficios y llegó a Arcediano de Cerdaña y a Obispo de Barcelona.

Las doctrinas de Campomanes—a través de sus dos más ilustres discípulos, Jovellanos y Cabarrús—imperan en el siglo décimo noveno y han informado, en el mundo español, la Ciencia Económica contemporánea.

No obstante, hemos de reconocer algún defecto en aquel glorioso gobernante.

En nuestro sentir se dejó arrastrar con exceso por el pensamiento que inspiraba a los mejores de su época: el del *despotismo ilustrado*, que aún tiene defensores.

Podía seducir al más exigente la feliz actuación de aquellos reyes que se llamaron Luis XIV, Federico II de Prusia, José II de Austria, Catalina de Rusia, etc. Era tentador el criterio de aprovechar, en bien de todos, las energías del centralismo y de la autocracia: el pan y el *Knut* de un Pedro el Grande.

Los ministros de Carlos III fueron todos *regalistas* y exagerados realistas; ciegos partidarios del absolutismo más avasallador y absorbente.

¡Cuántas veces se rememoró entonces la ilusión del buen tirano que realiza el ideal de la libertad y de la igualdad de sus súbditos! Pero nosotros sabemos que esos tesoros no se otorgan nunca: hay que conquistarlos. En aquel régimen era posible, y por desgracia una frecuente realidad, el advenimiento del Monarca vicioso y corrompido como Luis XV. Del propio Campomanes se cuenta que, cuando el marqués de Villar le propuso para Alcalde de Casa y Corte, no lo fué, porque al presentar el nombramiento a Fernando VI, quien desde la muerte de su esposa padecía de enagenación, llenó el documento de rúbricas y borrones que lo inutilizaron.

(1) *El Padre de su Pueblo, o medios para hacer temporalmente felices a los pueblos, con el auxilio de los señores curas párrocos*. Barcelona, 1806.

A medida que se adelanta el final de la centuria y cuando da principio la que sigue, ansias de libertad y el influjo de novedades a la francesa traspasan el Pirineo. La revolución de París tuvo eco vivísimo entre los españoles, fenómeno atendido apenas, porque quedó oculto con la reacción subsiguiente, que vino cuando el Terror hizo de la guillotina su programa.

Hoy, que se estudian mejor y con más desapasionamiento estas cosas, se sabe hubo aquí hasta conatos de otra revolución, hombres de teorías exageradas; y según Godoy en sus *Memorias*, «en los teatros de la Corte jóvenes distinguidas se atrevieron a mostrarse con el gorro frigio»; hubo más, añade, «hubo damas de la primera nobleza que ostentaron la escarapela tricolor». Y dice igualmente que en 1793 funcionaba un partido decidido a todo, cuyos individuos salieron más principalmente «de la clase media y gente de letras, jóvenes abogados, profesores de ciencias, pretendientes y estudiantes... sin faltarles el apòyo de personas notables entre las clases elevadas».

El austero y archimonárquico astur perdió su popularidad, y aún fué víctima de los dardos de la musa anónima; así cuando con motivo de las fiestas públicas del 29 de Marzo de 1785, hallándose a la cabeza del Consejo a la sazón, engalanó su vivienda, hicieron a su costa la siguiente décima epigráfica:

«Campomanes con despejo,
para tan lucida entrada,
adornó su gran fachada
cual un monumento añejo:
¡Qué inventiva! ¡Qué gracejo!
Pero un mozuelo imprudente
dijo: no extrañe la gente
que semeje su aparato
al Pretorio de Pilato,
que fué también Presidente».

Mas este sabio Presidente, si no acertó a rectificar su criterio, supo demostrar envidiable tacto, con el éxito de una oportuna retirada de los negocios. En 1789, temiendo que se

tradujeran en las Cortes reunidas las aspiraciones de los Estados generales de allende el Pirineo, dió de pronto las sesiones por terminadas. Al adivinar lo que iban a ser los funestos días de Carlos IV renunció sus destinos en 1791. Y con la zozobra de los acontecimientos que se echaban encima, libróse de las amarguras de la invasión con la muerte que le sobrevino en 1802, a los ochenta años de edad.

El espectáculo de aquella aprovechada existencia, de aquella laboriosidad sin límites, de una prudente energía, de un talento claro, de un patriotismo ejemplar, arranca el aplauso de nuestros historiadores. Mas como se podría tildarlos de parciales preferimos recoger para terminar este mal pergeñado discurso, algunas opiniones de extranjeros eminentes.

Dice Robertson de los escritos de Campomanes: «Casi todos los puntos de alguna importancia pertenecientes a la policía interior, impuestos, agricultura, manufacturas, comercio, tanto nacional como extranjero, están tratados en aquellas obras. Pocos autores hay, aun entre las naciones más versadas en el comercio, que hayan adelantado tanto sus especulaciones con un conocimiento tan profundo de aquellos diferentes ramos, y con tanta desimpresión de las preocupaciones nacionales o vulgares, o que hayan unido tan bien la tranquilidad de las reflexiones filosóficas con el celo ardiente de un ciudadano animado del amor al bien público. Aquellas obras son muy estimadas de los españoles, lo cual es una prueba evidente del progreso de sus luces, pues están en disposición de gustar de un autor que piensa con tanta elevación y libertad» (1).

Galibert asegura que leyendo tales trabajos «asombra ver que este varón, rodeado de una sociedad poco ilustrada haya podido comprender tan bien las arduas cuestiones de Economía Política, y que haya podido anunciar las consecuencias, con justicia. No siempre se distinguen sus escritos por una redacción lúcida; el error se halla con frecuencia al lado de la verdad; pero esto no impide reconocer que el autor llegó a levantar una punta del velo que ocultaba todavía los diversos fenómenos de la Economía Social».

(1) William Robertson, *Historia de América*, notas al libro VIII.

Muy recientemente el inglés Jorge Edmundson (de Oxford) le reitera alabanzas (1). Albert Malet (2) le incluye en la serie de los reformadores enérgicos y de los buenos Ministros. P. Boissannade (3), de la Facultad de Letras de Poitiers dice que «era Campomanes, a la vez, erudito historiador, jurista, economista, el Turgot español; y que debía a la integridad de su carácter, a su alteza de miras y a la superioridad de su inteligencia el respeto de sus conciudadanos». El juicio coincide con el de Desdevises du Désert, de la Universidad de Clermont, quien asegura igualmente «fué un ejemplo maravilloso de precocidad y de ingenio» y que «si se hubiesen puesto en práctica las sabias ideas emitidas por él, España hubiera podido prometerse tanto bien como Francia se prometió un momento por las reformas de Turgot» (4).

Campomanes, admirable modelo de hombres públicos, es, lo estamos viendo en la obra que realizara y en los aplausos de los competentes, uno de los gloriosos representantes de la Política y de la Administración españolas, y, a nuestro juicio, el más grande de nuestros economistas.

Abelardo Merino Alvarez.

Correspondiente de la Academia de la Historia
Bibliotecario de la Real Sociedad Económica Matritense.

(1) Jorge Edmundson: *España y Portugal* (1746-94).

(2) Albert Malet. *Los tiempos modernos*.

(3) P. Boissannade. *España y Portugal de 1724 a 1788: Soberanos y Ministros reformistas*.

(4) Desdevises du Désert. *España y Portugal de 1789 a 1799*.

Muy señores míos: El Sr. D. Juan José Martínez (de Oxford) le refiere al Sr. D. (Alfonso Martínez) la siguiente carta que le ha escrito el Sr. D. (Alfonso Martínez) a la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, en la que se expresa su deseo de que el Sr. D. (Alfonso Martínez) sea el representante de España en la Comisión Internacional de Estadística, que se celebrará en París, el próximo año. El Sr. D. (Alfonso Martínez) dice que ha aceptado la oferta y que se compromete a asistir a la Comisión. El Sr. D. (Alfonso Martínez) dice que ha aceptado la oferta y que se compromete a asistir a la Comisión. El Sr. D. (Alfonso Martínez) dice que ha aceptado la oferta y que se compromete a asistir a la Comisión.

El Sr. D. (Alfonso Martínez) dice que ha aceptado la oferta y que se compromete a asistir a la Comisión. El Sr. D. (Alfonso Martínez) dice que ha aceptado la oferta y que se compromete a asistir a la Comisión. El Sr. D. (Alfonso Martínez) dice que ha aceptado la oferta y que se compromete a asistir a la Comisión. El Sr. D. (Alfonso Martínez) dice que ha aceptado la oferta y que se compromete a asistir a la Comisión. El Sr. D. (Alfonso Martínez) dice que ha aceptado la oferta y que se compromete a asistir a la Comisión.

- (1) Sr. D. Juan José Martínez (de Oxford)
- (2) Sr. D. Alfonso Martínez
- (3) Sr. D. Alfonso Martínez
- (4) Sr. D. Alfonso Martínez

EJEMPLARIDAD DEL PERSONAJE
Y TRASCENDENCIA DE SU OBRA PARA ESPAÑA

DISCURSO

DEL

Doctor D. Luis Lasbénnes Jáuregui.

Vicepresidente primero de la Sociedad.

Ayuntamiento de Madrid



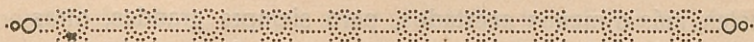
REUNION DEL PERSONAL
Y DISCUSION DE LA OBRA PARA ELA

DISCURSO

DEL

Doctor D. Luis Lasbénas Jauriqui

Vicepresidente primero de la Sociedad



Ejemplaridad del personaje y trascendencia de su obra para España.

Cuando en nuestro deseo de conocer los tiempos pasados pedimos a la Historia que nos guíe, presenta a nuestra consideración largos períodos en los que todos los personajes, que son su eje y esencia, carecen de un positivo valer propio, siendo su notoriedad hija del acaso y su influencia en la vida de la Patria en cierto modo inconsciente, porque su pequeñez espiritual no alcanzó a comprender la grandeza de la misión que el azar les había encomendado. Ególatras encumbrados muchos de los que empuñaron el timón del Estado, sólo vieron en éste el servidor de sus vanidades y apetitos y condujeron la simbólica nave, no al puerto de salvación sino al mercado que mejor cotizaba su pacotilla de vanidades y granjerías.

Prosiguiendo la excursión por los campos de Clio, el corazón se acongoja por la contemplación de tanta ineptia y mediocridad triunfante y por la agobiante sensación de que se camina entre opresoras nieblas hasta que repentina, rápidamente rasga los velos un luminar esplendoroso personificado en un hombre que lanza a la Humanidad por nuevos derroteros.

Estas figuras de la Historia han influído en su curso de dos modos diferentes. Unas con su energía impulsora, que sugestionando rápidamente a las multitudes, adueñándose de ellas, las han transformado en entusiastas instrumentos de sus

ideales, más o menos acertados, pero siempre grandes, otras con la profundidad de su pensamiento que inventando ideas renovadoras, acogidas por cerebros privilegiados se han extendido lentamente a través de los tiempos.

En las primeras, todo es acción y su triunfo rápido. Gozan en vida de su apoteosis, pero su obra al parecer gigante es efímera, y se derrumba cuando ellas se derrumban o, a lo más, poco después de su muerte. Así fueron los que soñaron con la grandeza de su raza alcanzada por la fuerza: los Alejandro y los Napoleón.

Con las segundas ocurre lo contrario. Surge en su mente la revelación renovadora que aceptan pocos contemporáneos. La mayoría, ciega para la nueva luz, combate al innovador, a veces le persigue amargando su tránsito por la tierra. Pero aquel pensamiento poderoso, henchido de potencia germinadora, crece y se multiplica hasta el momento en que sus exuberantes frutos son admirados por la posteridad que rinde al fin el culto debido a su memoria. Desde Alfonso X a Flores Estrada, desde Aristóteles a Krapokine, desde Arquímedes a Einstein, desde Hipócrates a Pasteur, desde Homero a Cervantes es afortunadamente larga la lista de estos colosos del pensamiento en todas las facetas del saber humano.

Estas dos maneras extraordinarias de manifestarse la potencia cerebral son la exteriorización del genio que nunca corresponde a un equilibrio perfecto. Los hombres geniales son esencialmente revolucionarios en el amplio sentido de esta palabra. Grandes constructores derriban cuanto es obstáculo al nuevo concepto que tienen de las cosas, y para esta laboración violenta de su espíritu la ponderación no es posible, porque si la tuvieran paralizaría su esfuerzo el temor de que si no llegaba a levantarse el nuevo edificio de sus sueños sólo quedaría de su obra la ruina de todo lo que habían destruido.

Aparte de estos seres predestinados que como grandes jalones señalan las diversas fases de la evolución de la Humanidad, también aparecen de vez en cuando hombres de mérito indiscutible que han sabido ser útiles a la Patria que sirvieron. Reúnense en estos, en compensado equilibrio, numerosas facultades. Acción metódica y perseverante, visión clara de las

necesidades de su tiempo, amor al estudio, moralidad intachable y una honrada independencia. Los primeros deslumbran con sus concepciones geniales, los segundos iluminan el camino con el claror de su talento privilegiado. Emplean este en cultivar de las semillas que aquellos sembraron las que son capaces de dar frutos provechosos, recogen lo que en aquellas doctrinas tiene realidad factible y transforman en prácticos aspectos que sin su intervención continuarían en el plano de las ideas abstractas.

Un ejemplo expondrá más claramente lo que no acierto a decir.

El genio de Hertz arrancó a la Naturaleza el maravilloso secreto de las ondas que llevan su nombre. El talento de Marconi las ha utilizado creando la telegrafía sin hilos. Igual a este podría recordar muchos en todas las manifestaciones de la actividad intelectual, pero vuestra cultura y el temor de que este discurso sea aún mas enojoso me lo vedan.

Caso es que llama poderosamente la atención que, en la dirección de los pueblos, gobernantes de estos méritos no suelen aparecer aislados. Después de una larga serie de políticos incapaces surgen, en un espacio de tiempo más o menos largo, no una, varias personalidades de condiciones sobresalientes que con actividad incansable y deseo de acierto, dedican su inteligencia y cultura al mejoramiento de su país.

¿A qué es debido este fenómeno? Tal vez a que, como ya hemos insinuado, la fermentación lenta y oscura de las grandes ideas, termina tomando forma positiva en los cerebros adecuados. Quizás a que una mano poderosa y afortunada, con posibilidad de hacerlo, tuvo el acierto de extraer de la masa general a individuos preclaros, que siempre en ella hay pero que se pierden para el provecho común porque las circunstancias no pusieron su valer de relieve.

Problema es éste que, con otros muchos, hace sospechar que la Humanidad está ordenada por una *mecánica psíquica*, con leyes tan inmutables como las que rigen a la materia y a la biología, pero que su secreto se reserva la Divina Providencia hasta el momento en que juzgue a los mortales merecedores de su revelación.

Uno de los momentos de la vida hispana en el que aparecieron, simultánea o sucesivamente, gobernantes de relevante mérito es el período comprendido entre los reinados de Fernando VI y Carlos IV. Nuestro patriotismo se exalta con nobilísimo orgullo al recordar los nombres de Ensenada, Wal, Aróstegui, Floridablanca, Aranda, Cabarrús, Jovellanos y Campomanes. ¡Loor a estos insignes patricios y a cuantos colaboraron en su noble afán de engrandecer a España!!

El último citado, uno de los primeros por sus extraordinarias virtudes, fué el ilustre fundador de las Sociedades Económicas. La nuestra, nacida en su propio hogar, viste hoy sus galas y eleva su corazón lleno de júbilo y filial afecto para conmemorar el segundo centenario de su natalicio.

Nació D. Pedro Rodríguez Campomanes el 1.º de Julio de 1723 en Santa Eulalia de Sorriba, pequeña aldea de Asturias: de ese hermoso rincón de la Península, de cuyas montañas grandiosas han salido en diversas ocasiones los hechos y los hombres que han reconstituido la nacionalidad cuando ésta ha vacilado.

Desde sus años juveniles hasta los postreros de su vida en los que ciego e imposibilitado se hacía trasladar a la Academia de la Historia, que tanto tiempo presidió, y a las juntas de ésta su casa predilecta, fué constante su amor al estudio y a la enseñanza. Casi un niño a los diez y siete años, en esa edad que disculpa toda ligereza, él ya enseñaba lo mucho que sabía regentando gratuitamente en Cangas una cátedra de humanidades.

A los diez y nueve años acudió al jurisconsulto más renombrado de su tiempo, Ortiz de Amaya para que le iniciase en el estudio de las leyes. Pronto la admiración del maestro le encomendaba los pleitos más difíciles, y pronto también su propio bufete adquirió fama mundial hasta el punto de que el Rey de Nápoles, que después fué nuestro Carlos III le recomendase al Príncipe de San Nicandro que deseaba un abogado en España para defender un litigio complicadísimo, que llevó a feliz término merced a su talento y asombroso conocimiento de las leyes pretéritas y contemporáneas.

Once años ejerció la abogacía. Su despacho le producía

para sostener con esplendidez un feliz hogar, pues muy joven había contraído matrimonio. Padre amante era el profesor de sus hijos; esposo fiel cuando en la plenitud de la vida perdió a su leal compañera no consintió en reemplazarla a pesar de las indicaciones que a este fin se le hicieron; discípulo agradecido siempre nombró con veneración a su maestro Amaya. Áspero con los fatuos e impertinentes fué suave para sus servidores, y los humildes y los estudiosos siempre encontraron la puerta de su casa abierta. Así fué constantemente en la intimidad aquel gran hombre.

Su intenso trabajo profesional y oficial, no impidió que dedicase horas robadas al descanso a sus estudios favoritos, la historia, la geografía, la numismática, la agricultura, los idiomas y a la exploración de archivos y bibliotecas.

Arabista notable, entre otros trabajos de este género, tradujo los capítulos XVII y XIX del libro de agricultura de Ebn El Arran.

Con D. Lorenzo Diéguez hizo un concienzudo cotejo de los códices de los concilios de España existentes en El Escorial.

Publicó a los veinticuatro años la «Historia de los Templarios». Andando el tiempo, sus investigaciones le demostraron que algunos datos que dió en su obra no eran exactos. Con afán y a toda costa procuró retirar de la circulación cuantos ejemplares pudo. Este episodio prueba más que nada la severidad de su autocrítica y su conciencia de escritor. Qué distinto proceder el de tantos que, con ligereza increíble, citan hechos sin depurar antes o después su exactitud atentos solamente al efecto momentáneo que desean producir.

La fama de su mérito y cultura hizo que Wal le propusiera en 1755 para el primer cargo oficial que desempeñó, el de asesor de Correos. Patriota ejemplar, cerró para siempre su productivo bufete dedicando desde entonces todas sus horas al mejor servicio del Estado.

Pronto fueron provechosos sus grandes conocimientos geográficos. Convencido de que el interés público es más atendido por todos cuando va unido al particular, de acuerdo con el comercio, trasladó el servicio de Correos de Ultramar a La Co-

ruña facilitando mucho la correspondencia y produciendo un considerable ahorro en el Real Erario. Redactó unas nuevas ordenanzas de aquella renta que fueron muy beneficiosas y publicó dos libros. El primero «Itinerario de las carreras de postas de dentro y fuera del reino», complementado con la noticia de todas las monedas nacionales y extranjeras que por entonces circulaban. El segundo «Noticia geográfica del reino y caminos de Portugal». Bien probó con estos trabajos su aptitud para el puesto que se le había encomendado. Hermoso ejemplo para tantos que después de alcanzar a fuerza de intrigas un alto cargo no solamente muestran su incapacidad para ejercerle, sino que confiesan con la mayor tranquilidad que tienen que para estudiar los asuntos que van a dirigir porque los desconocen.

Treinta y nueve años tenía cuando Carlos III le nombró Fiscal del Consejo, cargo equivalente al actual de Ministro de Hacienda. En éste, como más adelante en el de Presidente, culminaron sus dotes extraordinarias de gobernante. Investiga con precisión el origen de los males patrios, estudia todos sus aspectos, descubre sus raíces y con mano fuerte procura arrancarlas. A todo pone positivo remedio destruyendo, cuando lo cree necesario, prejuicios y privilegios.

Defiende enérgicamente las regalías de la Corona de la absorbente e ilegal invasión de la curia romana, sin temor a la injusta calificación de irreligioso con que sus enemigos le atacan porque, buen cristiano, sirve al altar como al altar se debe, atiende y cuida al clero pobre y desvalido pero pone en práctica la máxima de nuestro Divino Redentor de «dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César».

Con su clarividencia aprecia que el atraso económico del país es debido a la excesiva riqueza de las *manos muertas*, y apoyándose en su conocimiento de antiguas leyes desamortizadoras, de cánones y concilios pone coto a muchos abusos. Modelo son aquellas Reales Cédulas de legalidad y justicia y resumen de su inmenso saber sobre estas materias su obra magna titulada «Juicio imparcial».

Propúsose regenerar el país favoreciendo la agricultura, la industria y el comercio; estimulando y enaltecendo el trabajo

y anatematizando la ociosidad dorada o pordiosera. De todo intentó el remedio con acertada mano.

La mayor gloria de aquel reinado, con tener tantas, fué la pragmática concediendo igualdad de derechos a los que se ocupaban en oficios considerados hasta entonces como serviles. Mas no contento con esto inspiró a su buen Rey estímulos y distinciones para los que sobresaliesen en cualquier arte u oficio fuera el que fuese.

Toda su persuasiva elocuencia la empleó en convencer a las clases elevadas de que debían dar ejemplo con su conducta y pronto se vió, al calor de su verbo, a muchos nobles, abandonando rancios prejuicios, coger la esteva, manejar los giros, fundar fábricas o dedicarse a diversos estudios.

Examinó detenidamente toda clase de privilegios para extinguir los que atrofiaban la vida nacional.

El poderoso Consejo de la Mesta con sus excesivas facultades inutilizaba en muchas ocasiones el cultivo de los agricultores. Campomanes redujo aquellas a sus justos límites.

La organización absorbente de los gremios impedía el libre ejercicio de las artes y oficios. Para facilitar éste limitó aquella a la unión para el mutuo auxilio en casos de enfermedad y de vejez.

Las sementeras disminuían de año en año agobiadas por la tasa de granos. Esta quedó abolida. Para fomentar el desarrollo industrial redujo los derechos de importación de las primeras materias y los de exportación de los productos manufacturados.

A su perseverancia son debidas las grandes obras de caminos, puentes y calzadas y la habilitación de varios puertos para el intercambio con América.

El desarrollo del comercio era una de sus grandes preocupaciones. La amplitud de sus ideas sobre este asunto puede apreciarse en las siguientes palabras que copiamos del tomo 4.º de su «Educación popular».

«El mejor comercio es el que da ocupación a más gente y circula en mayor número de individuos del pueblo. No faltan pocos hombres ricos en los países más abandonados: estos no constituyen la felicidad de una nación ni su riqueza alcanza a

hacerla feliz», y en el tomo 1.^o de la misma obra dice: «Las compañías de comercio dentro del reino son notablemente perjudiciales. Cuando son temporales y voluntarias entre particulares pueden acaso ser útiles y no causar el estanco y monopolio de las compañías autorizadas».

En la obra de toda su vida palpita el deseo y afán de una gran difusión de la riqueza, y el horror a los monopolios y a las fortunas concentradas. Constantemente es esencia de su pensamiento la misma que, un siglo después inspiró a Nansen el saludo a Noruega al retornar de las regiones polares: «Dichoso el país que tiene pocos palacios pero en el que no hay chozas».

Su espíritu reformador de cuanto fuese fuente de prosperidad no podía olvidarse de las Universidades. Desterró libros de texto por burdos y ramplones y modificó el plan de estudios fomentando la enseñanza de matemáticas, física experimental, anatomía, lenguas sabias y otros aspectos de las ciencias que estaban olvidados.

Nuestra ilustre Sociedad me ha designado para que en esta solemne ocasión hable de la ejemplaridad de la vida de nuestro fundador y de la transcendencia de su obra para España. Honroso encargo que acepté atrevido porque tal tema puede acometerle persona tan modesta como la mía. Basta, como acabo de hacer, con espigar en la frondosa historia de Campomanes, presentar algo de la inmensa obra contenida en sus pragmáticas, cédulas, reglamentos, libros e informes para que todos admiren su sereno juicio, su patriotismo, su recia contestura moral, su austero concepto del deber, su insuperable amor al trabajo. Nada hay que añadir para que eternamente se reverencie como modelo a un varón que practicó las más excelsas virtudes desde los albores de su razón hasta los últimos instantes de su existencia. Nada más hace falta para que hombre que tanto se desveló por su patria tenga un altar en todo corazón que de español se precie.

El común sentir de una época es la resultante de todas las opiniones individuales. Por modesta que sea una inteligencia, por oscuros y torpes que sean sus juicios, es una fracción de aquél gran todo. El mayor número de sumandos influyendo

sobre el menor constantemente produce la evolución lenta pero continua del criterio colectivo. Mas no todos están representados por la misma cifra. Esta es más alta cuanto mayores son las dotes de voluntad, inteligencia y saber de un individuo. Su fuerza impulsora de la evolución está en razón directa de su equivalencia. Los que reúnen estas condiciones son aceleradores de la obra del tiempo. Así es que cuando en un hombre se acumulan en modo extraordinario, si las circunstancias le colocan en puesto propicio, bástase para realizar la evolución, para desviar rápidamente el pensar de las gentes hacia nuevos ideales, de igual manera que la vigorosa mano de un guarda-aguja lanza el convoy hacia otras fronteras.

El esfuerzo de estos seres privilegiados, fundamentado en el equilibrio de la razón, el estudio y la voluntad siempre es transcendente. Perdura imprimiendo su sello a los tiempos que siguen. De esta manera influyeron en los destinos hispanos Alfonso X, Cisneros y Campomanes.

La actuación de nuestro glorioso consocio fué tan clarividente, tan eficaz, de tal solidez que puede asegurarse que gran parte de las realidades y aspiraciones de la vida moderna está contenida explícita o virtualmente en sus disposiciones de gobernante y en sus bien meditados libros.

A su impulso cayeron, para no resucitar, erróneos y depresivos conceptos sobre el trabajo humilde; su elocuencia convenció a los más ilustres próceres de que no empañaba el brillo de sus blasones el laborar por el bien común creando riqueza; su iniciativa abrió nuevos cauces al comercio, favoreció a los roturadores, fomentó la industria, protegió la enseñanza de ciencias, artes y oficios, procuró trabajo para la mujer y finalmente, sentando las bases de una nueva economía nacional difundió el principio de que la prosperidad de la Patria nace de la actividad conjunta de todas las clases sociales.

Suficiente es, sin duda alguna, el recuerdo de estos hechos para demostrar la transcendencia que para España tuvo su obra, de fuerza inicial tan intensa que persistió a través de las tremendas convulsiones políticas que agitaron a nuestra nación en el siglo XIX.

Todas las novedades que, en el orden económico y social, nos importó la revolución francesa ya estaban planteadas por Campomanes y su evolución habría engendrado fatalmente la transformación de los Poderes públicos modernizando el derecho político. De haber ocurrido así nuestras libertades tendrían como en tiempos pretéritos un carácter positivo, siendo más útiles a nuestra raza que las inadaptables que traducidas al pie de la letra usufructuamos. Nuestro Parlamento, hoy sin substancia nacional hubiera opuesto alguna vez, como en las cortes antiguas, su honrado veto a lo que no estimara conveniente y no sería, como ahora es, en lugar del vivero de estadistas con que soñamos, una exposición de vanidades o, peor aún, una bolsa en que se juega a plazos con valores políticos que son una ficción. No sería un *paraíso artificial* enervador de los pocos hombres de buena voluntad que a él llegan desde los campos más opuestos.

La Humanidad entera sufre hoy profunda crisis. Agítase con los calofríos de una fiebre causada por la podredumbre moral que la mina. El término de esta enfermedad puede ser la muerte de la civilización actual pero también un proceso de crecimiento, una purificación social debida a la eliminación de las causas morbígenas. Esta terminación feliz puede esperarse si el enfermo, percatándose de su gravedad se somete a las prescripciones, no de curanderos charlatanes sino de estadistas de reconocido mérito. Y los méritos de los hombres de Estado predestinados a mejorar tan hondos males son: la moralidad intachable, el estudio, el espíritu de sacrificio, el conocimiento exacto de la actualidad para conservar lo que merezca tal privilegio y visión clara del porvenir para adelantarse con sus previsiones al tiempo.

En una palabra, cuantas cualidades brillaron en aquel modelo de gobernantes, cuantos conocimientos se reunieron en aquel varón ejemplar, cuantas virtudes culminaron en aquel patriota que realizó para su país una obra transcendental, en aquella gloria del solar hispano: en D. Pedro Rodríguez Campomanes.

LAS ECONÓMICAS Y EL FEMINISMO

DISCURSO

DE LA

Excma. Sra. Marquesa del Ter



LAS ECONÓMICAS Y EL FEMINISMO

DISCURSO

Excmo. Sra. Marquesa del Ter

LAS ECONÓMICAS Y EL FEMINISMO

SEÑORAS Y SEÑORES:

«Tengo la satisfacción, aunque involuntariamente retarda-»
«da, de presentarme ante esta Sociedad para darle las gracias»
«del honor que tan sin mérito mío quiso dispensarme. A pesar»
«de mi timidez en aceptar este honor, pudo conmigo tanto la»
«gratitud y el deseo de contribuir al bien de mi país que vencí»
«mis temores y desde luego me resolví a ofrecirme con la más»
«sincera voluntad para cuanto quisieran emplearme y me cre-»
«yesen útil, esperando que este prudente y celoso Real Cuerpo»
«hecho cargo de mi insuficiencia hasta en las cosas más míni-»
«mas, no contara con mis talentos, pues carezco de ellos, pero»
«sí siempre con los medios que mi situación me facilita, y con»
«los deseos de invertirlos en alivio de mis conciudadanos y»
«adelantamientos de la nación».

Con estas palabras tan bellas y de tan elegante clasicismo español encabezó su discurso de entrada en esta Real Sociedad aquella insigne mujer, honor de una generación, que se llamó Condesa-Duquesa de Benavente y que fué la primera Presidenta de la ilustre Junta de Damas de Honor y Mérito. Ella, y la no menos insigne Doña María Isidra de Guzmán, de la Casa Oñate, mujer famosísima que alcanzó el alto galardón de pertenecer a la Real Academia Española por sus eximios trabajos literarios, fueron las primeras mujeres que figuraron

en nuestras listas de socios, alternando dignamente con los hombres más eminentes de la época. Y es que la Sociedad Económica que siempre fué grande, hasta en lo de no hacer capítulo de ortodoxia la admisión de ideas o de procedimientos nuevos, advirtió con vista certera la posibilidad, la seguridad de que la labor de la mujer en las tareas de los Amigos del País habría de ser de provechosa utilidad para los altos intereses de la Patria.

Y, ¿cómo no serlo en una corporación que tenía en sus manos, que dirigía con maravillosa intuición aquél hoy casi ignorado Montepío de Hilazas, primera institución española en que la mujer, por sublime altruismo de esta Casa, encontró no sólo los estímulos para su educación en la esfera nobilísima del trabajo, sino también la ocasión de abandonar la holganza, tan generalizada entonces por el estado de asfixia en que vivían el comercio y la industria, y de procurarse los medios decorosos para atender a cubrir las duras necesidades de la vida? ¿Cómo no aceptar la colaboración de la mujer en el manejo, distribución y ordenamiento del trabajo de aquellas hilanderas, que manipulaban en el cáñamo y en el lino, en el algodón y en la lana, y llegaron a convertir con extraordinaria habilidad la vil materia en lindísimos pañuelos y preciosas cintas, tan buenas, si es que no superiores, a las que venían de Francia e Inglaterra, de Bélgica y Holanda? ¿Cómo no entregar la vigilancia y dirección de aquellas pobrecitas hijas del pueblo, favoritas de la miseria y víctimas propiciatorias del deshonor, a aquellas mujeres virtuosas e inteligentísimas que constituyeron la naciente Junta de Damas de Honor y Mérito?

¿Quién, pues, como la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País puede con mayores títulos arrogarse el honor de ser, no la precursora, sino la positiva creadora del ideal feminista que hoy tanto vuelo ha alcanzado?

Y es que nuestra corporación, que vive con una modestia en el orden social que yo no he conseguido explicarme, tiene tal historia y tal concepto de su misión, que en mis consultas al Archivo de esta Casa he adquirido el convencimiento de que se adelantó en muchos años a problemas que luego tu-

vieron efectividad; y aquí está, como testimonio feaciente, el que se refiere a la lógica, a la humana, a la cristiana dignificación de la mujer. De la mujer que siendo madre del hombre, educadora del hombre cuando niño, su ilusión suprema cuando el amor llama en su alma, su auxilio y compañía en los dolores y dulzuras, encuentra en el camino las ásperas repulsas de una ley absurda e injusta, que admitiendo y reclamando todos los deberes, a la hora de los derechos presenta la mueca del desprecio y pospone a la mujer al paria y la iguala al irracional.

Y esto no es justo, ni legal, ni hidalgo. Y cuando estos elementos se alían, la Sociedad Económica que tiene en su historia gallardas rebeldías y una hoja brillantísima consagrada a la dignificación de la mujer, no puede, no debe cerrar sus puertas ni sus oídos a los lamentos de quienes humildemente, como los mendigos, piden por amor de Dios la limosna salvadora, os piden, os suplican la ayuda redentora de sus desdichas y pone en vuestras manos la defensa contra inicuas vejaciones.

¿Qué otra cosa pedía Campomanes, aquel hombre que por ser grande debió tener una madre preclara, qué otra cosa pedía al presentar a la Económica su interesantísima Memoria sobre la admisión de Señoras, Memoria que tuvo después notables continuadores en los señores Marín Borda, Imbille y otros?

¿Qué otra cosa que un aliento en pró del mejoramiento de la vida social de la mujer española representaba aquel constante anhelo de la Económica Matritense de crear establecimientos en los que la mujer adquiriese dignidad a cambio de su trabajo y encontrase medios con que atender a su sustento y al de los suyos? ¿Qué fueron entonces, qué fines perseguían los Amigos del País, los siempre beneméritos Amigos del País, al establecer aquella Escuela de adorno, la de bordados, la de encajes, la de educación de niñas, la de flores de la Reina, las de dibujo para mujeres y aquellas famosas Escuelas patrióticas de San Ginés, San Andrés, San Sebastián y San Martín, que nacieron en el Montepío de Hilazas y donde tanta niña se adiestró en el hilado, el tejido de lana y algodón, del cáñamo y el lino y en el trenzado del estambre; escuelas verdaderamente

admirables, ya que en ellas se juntaron por modo peregrino el trabajo intelectual que ennoblece y el manual, que procura el sustento?

Es más, llegásteis hasta el extremo, no exento de galantería, de intentar prohibir que los famosos peñeros de la época ejercieran su oficio por estimar indecoroso para el respeto de las Señoras que fuesen hombres los encargados de aderezar sus tocados.

¿Y qué fué, qué finalidad representaba aquella Memoria de nuestro primer Director, D. Antonio de la Quadra, ofrecida en una de las primeras Juntas, encaminada a buscar empleo a las mujeres ociosas, presentando, por cierto, un cuadro aterrador del número de éstas?

Y, por último, ¿qué es y qué significa esa secular y gloriosa Escuela de Taquigrafía en cuyo arte hoy encuentran un vivir decoroso tanta y tanta muchachita?

Y todo ello ¿qué es sino la expresión de un sentimiento de amor y gratitud que rendís a la mujer y un implícito reconocimiento de que, si no su superioridad, al menos encontráis en ella la igualdad con vosotros?

Si esto es así, ¿por qué vosotros, los hombres, nos negáis unos derechos que la propia Naturaleza, os impone y obliga a aceptar? ¿Por qué acudís en vuestras dolencias, en vuestros trances de dolor al consuelo de esas nobles mujeres que se llaman Hermanas de la Caridad? ¿Por qué reclamáis en los Hospitales y Sanatorios que sean dulces manos de mujer las que amortigüen aquellas brechas que la mano brutal del hombre, puesta al servicio de la Ciencia, abrieron en vuestros cuerpos? ¿Por qué vosotros al llegar a la edad florida en que la Naturaleza reclama sus derechos otorgáis todos los que brotan del amor, del respeto y hasta de la conveniencia a la mujer amada?

Y, dirigiéndome más particularmente a vosotros los Amigos del País, yo os recuerdo que habéis sido vosotros los que habéis puesto bajo el pabellón misericordioso de la mujer los asilos del dolor, los lugares santos en que el pecado se redime y en que la infamia (en la que el hombre es culpable), se esfuma entre cariños femeninos y entre consuelos de mujeres que se llaman madres de los hombres quizá porque antes

de emplear este nombre adquirieron y merecieron el de hijas de Dios.

Creo que el feminismo en España es un problema, no de lucha ni de oposición de ideas, sino simplemente de incompreensión. Mejor dicho, de ausencia total de voluntad para llegar a una conclusión resuelta y definitiva.

Y fundo mi creencia en que la gente estima que nosotras, las propulsoras de este ideal de redención y de justicia, somos unas alocadas enamoradas de un Estatuto que no tiene más que dos capítulos: el derecho al voto y la implantación del divorcio. Si tales elementos, así planteados fueran el ideal de la mujer, sería un ideal tan pobre que cualquiera tendría el derecho de envolvernos en el más definitivo de los desdenes, por creernos al unísono del mozo de cuerda que pretende imponer el candidato que recomienda su periódico o de la mujer que, quizá por causas inconfesables, tan sólo anhela verse libre del hombre a quien juró fé eterna.

No, señores, nosotras no pedimos las cosas así; nosotras pedimos la igualdad de derechos y deberes con el hombre, igualdad que la Iglesia nos concede en las sublimes páginas de la Epístola de San Pablo; igualdad que la Iglesia nos otorga en sus Constituciones, en sus Evangelios, en sus Catecismos, en sus Sacramentos, en los que no hay ni la sombra de excepción, pues para el Infinito, el hombre y la mujer que son igualmente hijos suyos, gozan de los mismos deberes y de idénticos derechos. Nosotras, pedimos que el hombre que supusimos honrado y caballeroso, no se lleve, con nuestro corazón desolado por la maldad, para emplearlo en aumentar ésta, lo que nosotras recibimos como patrimonio de nuestros padres. Nosotras pedimos que la ley sea igualmente justiciera y equitativa ante el hombre y la mujer y que el voto de la mujer, esa aspiración tan menospreciada por el hombre, sea una conquista nuestra, no para llevar a los Concejos ni Cámaras parlamentarias la vanidad de unas faldas, no, sino para coadyuvar con el hombre a la felicidad de la Patria dando nuestro apoyo al más digno y al más competente.

Y este es todo nuestro programa, que como véis, si la injusticia no nubla vuestros ojos, ni es avanzado, ni representa

un atentado contra vuestros derechos ni contra los respetabilísimos ideales de la inmensa mayoría de las mujeres españolas.

Para esto, y con vuestra venia, respetables Señoras y consocios, me permito solicitar vuestro apoyo. Vosotras que recorréis a diario llevando el consuelo de la fé y de vuestro altruismo a esos lugares donde la maldad del hombre envía a la mujer; vosotras que desde hace más de una centuria venís coadyuvando con el hombre al progreso y perfeccionamiento de los problemas que un augusto Estatuto os encomendó, y que aquí, dentro de esta sabia Casa refrendó la igualdad entre el hombre y la mujer, habéis de recordar vuestra condición femenina, no siempre bañada de consideraciones, y en esta hora solemne en que conmemoramos el segundo centenario de aquel gran patrio, de aquel insigne español que restableció la sucesión de la Corona y que haciéndonos iguales al hombre nos abrió las puertas de esta Casa, ayudadnos con vuestro apoyo y consejo; poned al servicio de una idea que es noble, por que son mujeres las que la sostienen, el prestigio de vuestros nombres ilustres, de esos nombres que al pronunciarlos traen el aroma de quien se salió del marco vulgar para añadir un florón más a la grandeza gloriosa de la Patria. Seguid vuestra misión altruista en pro de la desventura encarnada en la mujer, y ayudadnos a crear aquí, entre estos nobles Amigos del País, otro elemento femenino que complementándose con vosotras, vaya por otros caminos a cosechar bienes para todos, y a buscar los senderos por los que puedan caminar las ideas en beneficio y provecho de la Patria, que debe constituir el ideal en cuyo servicio y gloria se confundan el hombre y la mujer.

He dicho.

El ambiente y la época de Campomanes.

DISCURSO

DEL

Ilmo. Sr. D. José Arroyo de Aldama

Correspondiente de la Real Academia de la Historia

y

Censor de la Real Sociedad Económica Matritense.

El ambiente y la época de Camponaraz.

DISCURSO

DEL

Ilmo. Sr. D. José Arce de Albornoz

Correspondiente de la Real Academia de la Historia

Censor de la Real Sociedad Económica Matritense.

El ambiente y la época de Campomanes.

I

Dentro del marco en que aparece pintorescamente trazada la España del siglo XVIII existen tan diversos matices que para reflejarlos bien sería preciso escribir un voluminoso libro.

Desde los años 1723 al 1803, en los que nació y murió D. Pedro Rodríguez Campomanes, reinan Luis I, Felipe V, Fernando VI, Carlos III y Carlos IV; cinco reinados de los que por fortuna los de Fernando VI y Carlos III tienen para el desenvolvimiento y desarrollo de la Nación una era de venturas, internas más que externas, poco acostumbradas e insospechadas en la Historia.

De este período, de cerca de un siglo, tenemos que recoger el ambiente popular, que no cambia mucho, pero que tampoco es fácil de estudiar si se atiene a los datos históricos, que nada dicen respecto a tan importante punto. Ni en la admirable historia de Lafuente, ni Ferrer del Río, ni Gómez de Arteche, ni Sempere y Guarinos, entre otros, que trataron con tanta minuciosidad y sabiduría de aquella época y de sus escritores y políticos, recogen lo que se podría llamar «alma popular»; manera de vivir de aquellos hombres, vida íntima, es decir, todo lo que constituye el ambiente, que hay que buscarlo en publicaciones diversas, en usos y costumbres y en documentos particulares muy curiosos y dignos de atención. El estudio histórico, hoy que ya se ha aquilatado y buceado en los archivos,

es relativamente fácil; quedan pocas cosas que escudriñar y en las Academias y Sociedades se ha estudiado con verdadera fe para aclarar puntos oscuros y difíciles de apreciar en nuestra agitada historia española, tan llena de matices grandiosos como de tristes descalabros; pero falta algo, dentro de la severidad del trabajo científico, que refleje la manera íntima de ser del pueblo en general; esas pequeñas minucias que, sin embargo, nos den la sensación de vivir aquellas épocas. Esta de que nos ocupamos es una de las más pintorescas e interesantes, pero no tenemos espacio para tratarla con el detenimiento que deseáramos, así pues, nos hemos de circunscribir a hacerlo a grandes rasgos, a brochazos, con incongruencia y sin ahondar mucho en la psicología para que cada cual forme el concepto que mejor le plazca.

II

Dormían las gentes de aquella época larga siesta de pereza y de ignorancia. Los negocios de Estado, las preocupaciones de las guerras, en las que el pueblo no intervenía nunca más que para llevarlo a la lucha, eran letra muerta; todo se lo daban hecho los que regían los destinos de la Nación, y la masa popular no tenía derecho a preocuparse de si un Alberoni nos llevaba a un desastre o un Montemar a la victoria. Aquella humanidad, con gafas ahumadas, veía pasar en torno suyo ciencias, artes y letras sin querer tomarse la molestia de conocerlas; vivían en una ignorancia tan arraigada, en una pasividad tan supina, herencia ya de otras generaciones, que para las posteriores nos ha traído días de infinita, de triste amargura.

No estaba formada aún la clase media más que muy embrionariamente. El estado llano comprendía pueblo bajo y clase relativamente acomodada, pero existía tal compenetración entre ambas, que bien podría decirse formaban una sola hermandad, y si a ésta casi le estaba vedado hablar de ciertas cosas no por eso dejaba de murmurar y para ello tenía el mentidero de las gradas de San Felipe.

Era el foro. Un foro muy familiar y simpático. Una reunión al aire libre en que se tomaba el sol en invierno y se buscaban

las sombras de la Iglesia y de las casuchas próximas en verano; costumbre ancestral de tanta raigambre que ni antes ni entonces, ni ahora, en casi el mismo lugar, se puede abolir. Pero entonces estaba en todo su apogeo. Allí se congregaban letrados, frailes, covachuelistas, mercaderes, buhoneros, militares y artesanos, y allí la fama, el saber, el honor, el valor y la hacienda del prójimo se ponía en tela de juicio, sobre todo lo que afectara o pudiera ser molesto para los demás, pero noticias de otros países, orientaciones políticas, cuestiones trascendentales, esas como no fueran comentadas por los oráculos, *La Gaceta*, *El Mercurio* y *El Diario*, con noticias de tres o cuatro meses fecha, si procedían del extranjero, o de un mes si venían de la península, estaban en absoluto relegadas al olvido.

Pocas veces se comentaba en serio. Sólo cuando algún acontecimiento trascendental y del dominio de todos sobreviniera. La muerte del pacífico y prudente Señor Rey Fernando VI, la alegría con que vió el tratado de Aquisgran; el deseo del monarca de no entrar en alianzas guerreras con otros países, que antes, ahora y siempre nos han salido funestas y costosas, y de vez en cuando aparecía el buen sentido al condenar la política de Carlos III, y el dolor de verle apartarse de la política de neutralidad de su hermano al suscribir con Luis XV el tristísimo Pacto de familia. También se murmuraba con cierto sigilo, por temor a la cárcel de villa, de la entrada en guerra con Inglaterra y su aliada Portugal (de la que efectivamente salimos muy mal parados), y de la conducta de O'Reilly y del desastre naval del Canal de la Mancha y de la inutilidad de recuperar Gibraltar tras dos tentativas infructuosas.

Pero donde más eran enconadas las discusiones eran al tratar de la creación del Observatorio que unos decían no servía más que para atisbar lo que hacía el Padre Eterno, mientras los sensatos alababan, no sólo esa obra, sino la admirable del Jardín botánico, las fuentes del Prado, la Puerta de Alcalá, el Museo y la Real Aduana.

También había loas para los poetas y escritores como Meléndez Valdés, Moratín, Masdeu, el P. Isla, Samaniego, Iriarte y Campomanes, y elogios para Ventura Rodríguez y Villanue-

va, pero no faltaban eruditos a la violeta y pedantones del corte de Don Hermógenes, que encomiaban sus versos como muy superiores a los de los buenos poetas, y aun los disparaban a voz en grito ante la admiración de unos cuantos papanatas.

El vecino convento de la Soledad daba la campanada «del garbanzo», y al son de ella, que anunciaba la oración del medio día, se paralizaba todo. Tanto los desocupados de las gradas como los transeúntes de las próximas calles del Correo y Esparteros, automáticamente detenían el paso, despojaban su cabeza del enorme sombrero de picos y rezaban la salutación *Angelus domini*..... Los mercaderes suspendían la venta, los cocheros refrenaban sus mulas, y tras el saludo a los que estaban más próximos desfilaban silenciosamente a sus casas.

III

Las Universidades de Alcalá, Salamanca, y Valladolid estaban pletóricas de estudiantes que verdaderamente estudiaban. Los *sopistas*, es decir, aquellos que no tenían más alimento que la *sopa boba* pordioseada en los conventos se envanecían ostentando en el mugriento sombrero la cuchara de madera, símbolo enorgullecedor de privaciones y miseria; pero aquellos estudiantes, que apenas comían, eran sin embargo los que más pronto llegaban a Ministros, Obispos y hasta Consejeros de Castilla.

No eran sólo estudiantes los que disfrutaban el beneficio de la *sopa*. Siempre en las porterías de los conventos (y casi en cada calle había uno) esperaban pacientemente cincuenta o sesenta desgraciados o vagos de profesión de aquellos que en el fogón de su cocina tenían puesto a enfriar el botijo.

Multiplicando aquél número por el de conventos representaba diariamente una cantidad muy respetable de mendigos que habían descubierto la vergonzosa manera de vivir sin trabajar y no sólo en la Corte sino en toda España. Aquella misericordia mal entendida ha sido la raíz de la mendicidad, mitad necesidad, mitad vicio, que hasta hoy nos persigue por no haber sabido conjurarla nuestros antecesores. Cierto es que

entonces no se conocía «la muerte por hambre», como se enva-
necían de proclamar con orgullo para contrarrestar la amargura
que producían aquellos cuadros de miseria; pero si el trabajo
hubiera sustituido a la vagancia con sabias leyes, y si éstas no
bastaban por castigos, no hay duda que el pueblo poco a poco
se hubiera apartado de la limosna afrentosa, sólo debida a los
que por su edad e impedimentos físicos fueran acreedores a
merecerla.

IV

Otro aspecto tan pintoresco como los anteriores era la vida
conventual. No seremos tan mordaces como los que decían «que
los religiosos de cada carnero hacían tres albondiguillas y les
tocaban cuatro a cada uno», pero sí es verdad que llevaban
una vida bien regalona. Antes de la misa se hacían el choco-
late en su celda, para que al acabar de celebrar estuviese en
su punto; jamás bebían el agua recién cogida de la fuente,
sino tibia, y sobre todo no se levantaban del refectorio sin ha-
ber reposado la comida y hasta usado el famoso *ad recal-*
candum.

Era la carrera más fácil y de más asegurado porvenir, así
es que todo padre que tenía varios hijos o alguno de intelligen-
cia escasa lo hacía fraile, y de este modo moría tranquilo, ha-
biendo asegurado a su vástago una perpetua holganza disfra-
zada con la cogulla. Por esto los frailes formaban legión, pero
tan extensa, tan nutrida, que bien se podía asegurar que la mi-
tad de España era un convento; un convento que a su vez
también vivía de la mendicidad, porque a él aflúa el óvolo del
aristócrata y del pudiente. De modo que era una cadena de
mutuo socorro; ellos pedían limosna, y daban de limosna las
sobras. Es decir, todos pordioseaban.

Los que no eran frailes (que eran los menos) tenían a gala
sentar a su mesa a un reverendo padre que poseía todos los
secretos de la casa, casaba a los hijos con quien convenía a la
familia o a la comunidad y era el consejero único y el adminis-
trador no sólo espiritual sino material de los bienes del alma y
del cuerpo.

El paseo de la tarde con el obligado chocolate en la visita de turno era de exploración. Se tendía la red en la casa donde caían, y allí se echaba la raíz que había de fructificar en favor de la comunidad. ¡Y con qué respeto les atendían el señor, la señora, los hijos y los criados de la casa! Todo era poco para festejar al fraile, a quien se cedía el puesto preminente. De sus ideas, doctrinas y consejos no había que dudar; lo que el «padre» mandaba, no sólo en conversación familiar, sino en el confesonario, era una ley pura. ¡Qué consejos darían aquellos que ni habían estudiado, ni sabían escribir y, salvo raras excepciones, el que más en literatura engendraba obras como «El aparato para entender la Sagrada Biblia». «La alfalfa divina para los borregos de Cristo» y «La institución eclesiástica sobre las campanas y modo de tocarlas».

Pues, en predicación no andaban mejor. Los más grandes desatinos y las más estupendas necedades se soltaban desde el púlpito en la mayor impunidad, porque nadie era osado a comentarlas, y no se sabe a donde hubiera llegado aquel desenfreno si no es por la aparición de Fray Gerundio de Campazas, crítica mordaz y ácida de un escritor satírico que vestía el hábito de San Ignacio.

V

La víspera del cuarto domingo de cuaresma salía de la calle de Torija todos los años una lucida cabalgata. Del palacio del Santo Tribunal de la Inquisición, adornado de colgaduras, como lo estaban todos los balcones por donde la procesión pasaba, se destacaban poco a poco, como si salieran de una madriguera, vestidos con negros ropajes, los inquisidores, los familiares, los alguaciles del Santo Oficio (que nada tenía de santo) y el pregonero. Marchaba este imponente personaje, con aire de triunfo, a caballo con una trompeta en la mano y un papel en la otra dando tremendas voces, imitadas después por los hermanos del «Pecado mortal», que todas las noches salían de ronda lanzando tristes saetas, con las que amedrantaban a los vecinos y ponían pavor a niños y mujeres. Por aquel pregon se «maldecía y anatematizaba», a todos los que no cum-

pliesen el precepto pascual; però lo más inicuo era que entre la cabalgata o a corta distancia, confundidos entre los espectadores, iban esbirros disfrazados que propalaban sátiras contra el Tribunal, seducían a los incautos, y muchos de los que inocentemente caían eran después perseguidos y llevados a los calabozos inquisitoriales. A decir verdad, por esta época el Santo Oficio iba en decadencia, después de los enormes abusos y crímenes que había cometido, pero aún subsistía con gran contento de muchos que deploraban no resurgiera con todo el aparato de parrillas de carne humana y de crueles martirios. Tanto es así que los mismos predicadores temían les encargasen el sermón de la cuarta dominica de cuaresma porque a poco que se deslizase el padre, y muchas sin deslizarse, era lo bastante para que le tuvieran como poco afecto a la causa, y por consiguiente perseguido y castigado.

Para nosotros que vivimos el siglo XX nos parece increíble que se pudiera encarcelar a un sabio que estudiaba la densidad de los gases o las propiedades del imán, a un matemático o a un naturalista, mientras que un fraile de misa y olla pudiera ir impunemente armado de hisopo a sacar los demonios del cuerpo a algún infeliz que a lo más padecía lo que hoy decimos neurastenia.

Aun así, en estos últimos tiempos de la Inquisición (¡cómo serían los primeros!), cansados los familiares de no encontrar judíos, moros, ni infieles, se habían convertido en instrumento de venganzas particulares y, sobre todo, a los naturalistas y físicos se les perseguía sin piedad, se espurgaban sus libros y hasta los quemaban si creían encontrar alguna proposición herética. A pesar de esto, el buen Rey Carlos III en una noche, y por sorpresa, expulsó a la Compañía de Jesús y no parece se asustaron los Inquisidores. Claro es que cuando se percataron de ello habían salido aquellos del reino, y además era orden del Rey y no se atrevían contra un monarca que tanto prestigio tenía. Quizás también las comunidades religiosas no protestaron mucho por que como los de la Compañía eran más ilustrados les hacían sombra, y harto habían sufrido silenciosamente las mordacidades de Fray Gerundio.

Un trinitario, tan aficionado al teatro como al buen mosto, y que no se sabe si por admirar los encantos de «la Caramba» (María Antonia Vallejo), o complacerse con los pasajes de la comedia de Ilhumisbo Thermodonciaco (Nicolás F. Moratín), jamás faltaba a las representaciones del Corral de la Cruz. A este trinitario se le había puesto un mote (los frailes también tenían su mote correspondiente entre el vulgo), y a este le había tocado en suerte, no se sabe por qué, el de *Padre polaco*. Y un mediano actor que también tenía el suyo, *Francho*, apellidado Rubert, un día desgraciado que representaba una obri-lla en la que tenía que comerse un chorizo, dió la casualidad, de que no se lo facilitaran en el guardarropa, con aviesa intención, cansados ya de que se lo comiera y con gran apetito cuando no debía hacer más que simularlo. En vez de resignarse, armó en escena una algarabía de mil demonios; el público, le dió una ovación y desde aquel día el Corral del Príncipe se llamó el de los *chorizos*. Esto sucedía el año de gracia de 1742.

Fundados los dos bandos de polacos y chorizos, pronto se iniciaron las rivalidades, y en cuanto se estrenaba una comedia, los de un corral iban al otro a armar escándalo, teniendo muchas veces el Alcalde de Casa y Corte que suspender la representación. Bien es verdad que la mayoría de las obras eran engendros tan disparatados como «Doña Isabel la Católica pisando hielos para batir a los moros en la Vega de Granada o el Ave-María en Triunfo», «Quitar el cordón del cuello es la más justa venganza o el pobre fundador del hospital más famoso, el venerable Antón Martín», «El Tetrarca de Jerusalén» y otras por el estilo atribuidas a José Reinoso y a Comella, a los que fustigó y ridiculizó Moratín en su comedia «El Café», pero que por las comedias iba el público a ver bailar las seguidillas de la tempestad o las del ole y a oír la tonadilla.

En la forma externa el pueblo era morigerado; no soy de los que aseguran que también lo era en el fondo, aunque lo impusieran los directores de aquella sociedad; pero de todos modos hasta en el teatro tenían su sitio marcado las mujeres y

ni siquiera los hombres podían circular por los pasillos a donde conducían sus localidades, ni hacerse señas con sus conocidas bajo severas penas que imponía el Alcalde. En cambio cuando el pueblo podía respirar alguna libertad (y el único sitio era la Plaza de Toros), se vengaba de tanta opresión, y es fama y da idea del poco respeto que a la autoridad se tenía, que cuando leía el alguacil el bando del Corregidor que decía entre otras cosas: «se prohíbe arrojar al redondel animales muertos», caían sobre el sombrero del pobre esbirro una regular cantidad de gatos difuntos que le dejaban hecho una compasión, y todo esto a presencia del Alcalde, y algunas veces del propio Rey.

Esta era, como al principio dije, pintada a brochazos la sociedad de aquella época, en la que vivió el gran Campomanes. Entre el temor al fraile que intervenía en las casas como dueño y el miedo a las mazmorras de la Inquisición, el pueblo no podía exteriorizar sus ideas, sus pensamientos, ni sus pasiones. Y éstas existían latentes, porque a la inteligencia y al corazón no se le pueden poner trabas; pero ahogadas, sometidas, aherrojadas ante el peso de una brutal fuerza que hacía no asomarse la verdad a los labios ni la ingenuidad a la palabra. Era, en fin, una sociedad mística, inculta, misteriosa e hipócrita.

Se dirá que no era sólo España la oprimida por esta pesadumbre. Es cierto. También en Italia, con mayor intensidad, también Francia, en menores proporciones, padecían esa situación moral, pero Francia se levantó arrogante ahogando con sangre, injusta y cruelmente muchas veces, para borrar con la revolución lo que no había querido ser reformado por medios evolutivos. Así acontece con todos los que no quieren mirar el porvenir: cuando quieren remediarlo ya es tarde.

J. Arroyo de Aldama.

C. de la Academia de la Historia.

Censor de la Real Sociedad Económica Matritense.

Ayuntamiento de Madrid

Campomanes en la Sociedad Económica Matritense

POR

D. FAUSTINO PRIETO PAZOS

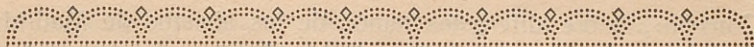
Secretario General de la Sociedad.

Compones en la Sociedad Económica Matritense

por

D. FAUSTINO PRIETO PAZOS

Secretario General de la Sociedad.



Campomanes en la Sociedad Económica Matritense.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Analizada la obra de Campomanes en los notables trabajos que acaban de deleitaros y hecha su biografía con indiscutible acierto sólo me resta en mi actuación ineludible como Secretario de esta Real Sociedad Económica Matritense, apuntar someramente y casi sin comentarios, la labor en nuestra Casa, del insigne estadista cuya esclarecida personalidad se puede afirmar que llena todo el reinado del gran Carlos III, cuyo mérito principal fué el de escoger sabiamente a sus admirables consejeros.

En los anales y antecedentes de nuestro archivo figura Campomanes con el núm. 1, por orden de inscripción de sus socios fundadores y en su propio domicilio se tomaron los primeros acuerdos para la constitución y funcionamiento de la Sociedad, cuyo historial, no he de repetir por ser bien conocido de todos los que vais a escucharme con la cristiana resignación, que espero de vuestra benevolencia.

El insigne estadista, cuyos méritos fueron tan grandes como su modestia, sometió desde el primer momento al juicio de la Sociedad su «Tratado de la Regalía de la Amortización» y su precioso «Memorial de autos y providencias del Real

Consejo», sobre diferentes ramos de los abastos de Madrid siendo su propósito *«que la Económica Matritense se pronunciasse con toda libertad sobre aquellos trabajos publicados pocos años antes, con el grave defecto de ser el fruto de un juicio puramente personal, que debería ser refrendado por el talento y experiencia de hombres más doctos, sumados para reformar y mejorar lo anteriormente propuesto»*.

Las primitivas actas de la Sociedad, cuya lectura es un verdadero encanto, prueban que las frases que subrayamos no son una mera retórica o un efectismo de falsa modestia, pues las materias de los dos citados trabajos, pero discutidas prolijamente, a instancias del mismo Campomanes quien se felicitó en su discurso *resumen de lo mucho que habrá aprendido, y que llevaría a una nueva obra que por las sabias y prácticas enseñanzas de los Amigos del País sería seguramente más útil e importante que las anteriores*.

Y aquellas palabras no son una de tantas manifestaciones y promesas, como las que quedan casi siempre incumplidas en los tiempos modernos, pues en su obra posterior «Memorial ajustado del expediente de concordia que trata el honrado concepto de la Mesta con la Diputación general del Reino y la Provincial de Extremadura», recoge cuidadosamente lo expuesto por las Sociedades Económicas existentes en aquella fecha y muy en particular por la Matritense *que habrá analizado tan importante asunto con demostrada sabiduría y el más patriótico y generoso interés*.

Campomanes, como Fiscal del Real Consejo, reformó y aprobó los Estatutos de nuestra Sociedad, por la que tenía especial predilección y a la que no dejó nunca de concurrir aun abrumado de trabajo tanto por el asiduo y perentorio de los elevados cargos que desempeñaba, como por su labor verdaderamente asombrosa de difusión cultural de la que puede dar idea el simple enunciado de las obras siguientes:

«Tratado de la Regalía de la Amortización», 1765,

«Memorial ajustado, de orden del Consejo, que contiene los autos y providencias sobre diferentes ramos de los Abastos de Madrid», 1768.

«Memorial ajustado sobre fomento de la agricultura y

cría de ganados en Extremadura y corregir los abusos de los ganaderos trashumantes», 1771.

«Memorial ajustado sobre el derecho de la Corona para reintegrarse en los bienes y efectos que salieron del Patrimonio Real», 1772.

«Historia legal de la Bula llamada *Incena domini*».

«Respuestas de los Fiscales del Concejo, Señores Campomanes y Moñino, proponiendo la formación de una Hermandad para el fomento de los Reales Hospicio de Madrid y San Fernando», 1769.

«Discurso sobre fomento de la industria popular», 1774.

«Discurso sobre fomento de la educación popular de los artesanos», 1775.

«Apéndice a la educación popular», 1775.

«Avisos al Maestro de escribir sobre el corte y formación de la letras para hacerlas más fáciles y comprensibles a los niños», 1778.

«Alegación Fiscal sobre la reversión a la Corona de la jurisdicción, señorío y vasallaje de la Villa de Orozco, 1781.

«Idem íd. de la Villa de Aguilar de Campoó», 1783.

«Prevenciones y reglas para las funciones y regocijos populares de Madrid», 1784.

«Respuesta de los señores Fiscales del Consejo en el expediente consultivo de las Cartujas de España», 1779.

«Discurso sobre la cronología de los Reyes Godos».

«Disertación sobre el establecimiento de las Leyes y obligación de los súbditos a conformarse a ellas».

«Discurso históricolegal en que se prueba el derecho de la Infanta María al Reino y Corona de Portugal».

«Informe sobre la Memoria de D. Vicente Juez Sarmiento, sobre producto, gastos y líquido de una labranza de 50 fanegas en el término alto de Madrid, o sea en secano.»

«Memoria sobre el establecimiento de Escuelas patrióticas de hilados».

«Informe sobre los trabajos del Sr. Fontanar para la preparación de los granos, semillas y plantas en beneficio del Estado».

«Informe sobre la Memoria de D. Miguel Gerónimo Suárez, tratando de Artes y Oficios».



- «Noticia sobre la fábrica de papel pintado».
- «Elogio de D. Lázaro Fernández de Angulo».
- «Observaciones para la composición ordenada de los elogios académicos».
- «Informe sobre la Memoria de D. Jorge Palacios, acerca de la cría de los gusanos de seda».
- «Elogio de D. Tomás Ortiz de Landazuri».
- «Idem del Duque de Alba».
- «Idem de D. Ventura Rodríguez».

Y dejamos para lo último el ocuparnos especialmente de sus trabajos y estudios sobre asuntos muy importantes que podemos clasificar como de régimen interior por afectar exclusivamente a nuestra vida colectiva:

Oración gratulatoria que pronunció el Excmo. Sr. D. Pedro Rodríguez Campomanes, del Consejo y Cámara de S. M., con motivo de la traslación de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, apertura y colocación en la Sala que el ilustre Ayuntamiento de Madrid la franqueó para celebración de sus Juntas, siendo la primera que se celebró en 16 de septiembre de 1775.

A nadie puede ocultarse la transcendencia que tuvo para la colectividad, que vivía en precario y sin domicilio fijo, el contar con un local, que aunque destartado y modesto en la antigua Casa-Panadería, propiedad del Municipio, servía para que, sin recurrir a la hospitalidad de algunos de sus socios o de corporaciones similares, pudiesen reunirse semanalmente los «Amigos del País» para celebrar sus Juntas reglamentarias a las que todos procuraban concurrir no obstante las dificultades que entonces ofrecía el caminar de noche por Madrid, falto por completo de alumbrado público y desprovisto de aceras y casi de empedrado que sólo tenían algunas calles principales, aunque incompleto y descuidado y del que carecían todas las travesías de acceso a la Plaza Mayor.

En aquel local, que pudo lograrse por el esfuerzo y la constancia de Campomanes; allí apiñados para poder disfrutar en invierno del histórico brasero (que conservamos como preciosa reliquia de nuestro hogar colectivo), en aquel modesto rincón casi desamueblado y sin comodidad alguna, se suplía todo por

la abnegación y el civismo de aquellos hombres ilustres, príncipes de la Iglesia como el Cardenal Lorenzand, próceres de tan rancia nobleza como los Duques de Osuna, Aliaga y Alba; Marqueses de la Ensenada, Leganés y del Socorro; Condes de Oñate, Cervellón y Mora y otros aristócratas más: Políticos como Floridablanca, Aranda, el mismo Campomanes y los más elevados funcionarios del Estado y de la Casa Real.

De allí salieron preciosas iniciativas y las más útiles benéficas reformas en todos los ramos de la administración pública.

Al célebre discurso de Campomanes sobre la conveniencia de la admisión de señoras en la Sociedad, fué debida la creación de la Ilustre Junta de Damas de Honor y Mérito, honra y prez de esta Económica y alma de la Beneficencia de Madrid, que sin su cooperación eficaz, decisiva en momentos muy críticos, no hubiera podido atender los servicios de asistencia pública en Hospitales y Hospicios.

A Campomanes se debe esa preciosa cooperación que, por fortuna para todos, perdura después de siglo y medio, fortalecida por los talentos y virtudes de las distinguidas señoras que vienen sucediéndose en la citada Junta que se excede en el cumplimiento de su cristiana y cívica misión.

No menos importante fué su moción sobre establecimiento de sociedades agregadas, comprendiendo la necesidad de que la renovación y mejoramiento del país, se realice por una obra de conjunto; aportando todas las clases sociales el fruto y enseñanzas de una sana experiencia absolutamente precisa para que las reformas sean de práctica y fácil aplicación, adaptándose, con carácter evolutivo, a los usos y costumbres que no es posible cambiar en un solo día sin que se produzcan perturbaciones y protestas que deben evitarse con sabia previsión.

Campomanes que, en su época, era un hombre de cultura integral, del tipo de aquellos «Mercuriales» del Renacimiento italiano y que se encontró en su juventud con una España ávida de progreso en la que Felipe V habría fundado ya las reales Academias de la Lengua y de la Historia y que empezaba a recibir la influencia de los enciclopedistas franceses, que

tanto pesaron sobre los hombres del reinado siguiente, se adaptó desde luego a las nuevas modalidades sin perder la sólida base de su enseñanza clásica que le hizo conocer la filosofía y doctrina socrática que tanto se refleja en su «Disertación sobre establecimiento de las Leyes y obligación de los súbditos a conformarse a ellas», en cuyo trabajo hay pensamientos y consideraciones que no puedan tomarse como mera coincidencia con el célebre diálogo de Critón la víspera de la muerte de Sócrates. Pero Campomanes no es el erudito vulgar que se limita a copiar ideas y conceptos, pues con su extraordinaria inteligencia y copioso caudal de conocimientos selecciona la mejor y más fácilmente adaptable a las condiciones y temperamento del pueblo español hostil, generalmente, a toda novedad que rechaza *a priori* por pereza mental y amor a la rutina.

D. Pedro Rodríguez Campomanes es el sembrador experimentado que busca la tierra fértil o hábilmente preparada para que pueda germinar el grano sin que lo ahoguen las espinas, lo pisen los caminantes o se lo coman las codiciosas avecillas.

Su semilla germinó en las Sociedades Económicas porque contaban con los más hábiles directores y los más activos y disciplinados laborantes, dispuestos a trabajar sin descanso por el bien del País y fieles a la obra de misericordia que la Iglesia ha colocado sabiamente como la primera entre las espirituales.

Merece la pena que nos fijemos en que Campomanes empezó a producir sus obras admirables cuando pasaba ya de los cuarenta años, en plena madurez de su privilegiada inteligencia y cuando su cultura lo abarcaba todo.

Colocado en el fiel de la balanza de la vida, su labor serena y meditada revela el perfecto equilibrio de su espíritu y sus cualidades maravillosas de observador. Fué ante todo y por encima de todo, un incomparable pedagogo que se adelantó a en época legándonos un tesoro de enseñanzas, una suma de conocimientos sobre las más diversas materias de la administración pública y la economía nacional, emitiendo juicios y marcando procedimientos que aún hoy mismo pueden servir como modelo a nuestros improvisados gobernantes.

¡Tal fué el primer socio de la Económica Matritense!

Sintéticamente he procurado esbozar, la acción y decisiva influencia de Campomanes en las Económicas y muy particularmente en esta Real Sociedad Matritense objeto especial de su predilección, y al conmemorar el segundo centenario del natalicio de aquel varón excelso, honra de la Patria y genio inspirador de estas colectividades, tenemos muy presente nuestro lema: *Socorre enseñando*, al hacerle revivir en sus obras, para que las presentes y futuras generaciones, puedan consagrarle el homenaje de su gratitud, sobre el altar del recuerdo.

En el banquete espiritual que le dedicamos como simbólica ofrenda, habéis puesto vosotros los más suculentos y delicados manjares, y no puedo intervenir más que como el último de la casa, para aportar el modesto postre de frutas que, si son deficientes y mal escogidas por la impericia del jardinero, pueden tener grato sabor para nuestra Sociedad porque proceden de nuestro propio huerto, del «quintal» de nuestro hogar colectivo en el que germinan las semillas sembradas por nuestros predecesores y muy principalmente por el gran cultivador, estadista insigne y ejemplar amigo del país. ¡D. Pedro Rodríguez Campomanes, primer Conde de Campomanes!

Faustino Prieto Pazos,
Secretario.

DISCURSO RESUMEN

DEL

Excmo. Sr. D. Manuel Molina y Molina.

PRESIDENTE DE LA REAL SOCIEDAD

DISCURSO RESUMEN

DEL

Excmo. Sr. D. Manuel Molina y Molina

PRESIDENTE DE LA REAL SOCIEDAD



SEÑORES:

Los notabilísimos discursos que acabáis de oír, el maravilloso retrato que aquí se ha hecho de la excelsa figura a cuyo celo patriótico tanto deben las Sociedades Económicas, pone en trance de seria dificultad que la modestia de mi voz resuene aunque sólo sea para reunir en unas palabras la veneración del Real Cuerpo hacia el gran hombre que pasó los umbrales de la inmortalidad, y nuestro reconocimiento hacia los queridos compañeros que tan admirable estudio han hecho de su obra.

¿Y qué otra cosa fué el móvil, el *alma mater* del pensamiento de Campomanes sino la implantación en España del espíritu de asociación? Y sobre esto, yo quiero decir algo que quizá sea una explicación del actual decaimiento que en la vida social española predomina, algo que explique el motivo de que el progreso y la civilización de cien años se hayan olvidado de mantener y estimular en nosotros, ese espíritu de asociación ideal que encontró en Campomanes su más esforzado, su más resuelto mantenedor.

En los tiempos pretéritos había ideas, había resoluciones, en muchos casos de carácter heroico, porque nunca faltaron hombres capaces de sostenerlas. En los tiempos presentes la contemplación de la vida nos demuestra que falta algo. ¿Ideas? ¿Hombres? ¿Ambas cosas? No, yo creo que hombres e ideas existen, pero creo también que falta voluntad, que carecemos de amor al trabajo, que han saltado los resortes que antaño encendían el amor de los hombres hacia la grandeza de la patria. En una palabra, que al altruismo generoso y noble que caracterizó los días de Campomanes ha sucedido un egoísmo

criminal, una indiferencia en los afectos y en los propósitos que son el eje, el símbolo de nuestra lamentable decadencia social.

Yo aún confío en un próximo renacimiento; yo aún tengo la esperanza de que la gravedad del momento actual haga crisis y resurja de nuevo potente y arrollador aquel espíritu que congregaba a los hombres para ofrecer y discutir las ideas, para proponer remedio a los males, para borrar los celajes que los modernos procedimientos han echado sobre la brillantez de nuestra historia patria, tan limpia, tan pura, tan personal hasta hace poco.

Para ello, deber nuestro es buscar el ejemplo en hombres que como el glorioso Campomanes, supeditaban todo al predominio y al esplendor de la idea, y a fuerza de trabajo, de perseverancia y de amor patrio, levantaron nuestras corporaciones históricas que, en los años sucesivos, no fueron otra cosa que la prolongación de su espíritu, la realización de sus sueños, la masa en que encarnó el entendimiento poderoso del insigne Fiscal de S. M.

No sólo por lo que a ello me obliga el honrosísimo cargo que a vuestra bondad debo, sino por la antigua y siempre viva admiración que por las Económicas siento, procuro de continuo vigilar sus movimientos, estudiar los cambios que en su actividad se suceden, analizar los matices que en su constante labor se presentan. Y, no como ilusión consoladora, sino como verdad evidente, yo tengo que deciros que en estos últimos tiempos, en cuestión de años advierto un renacer, un nuevo alborar en la actividad social que me lleva a pensar que el espíritu de la Patria, las turbulencias y desenfrenos de los días actuales, imponen de nuevo el pensamiento de Campomanes, y en estas legendarias Sociedades, busca anhelante el refugio en que enterrar sus dolores para que una vez desaparecidos, broten merced a vuestro empeño y como brota la flor después de una tormenta, las nuevas savias, las aguas purísimas que corriendo por las venas del alma nacional, salven a la Patria de miserias y hagan brillar su historia con inmaculada pureza.

Aprovechemos este momento, este despertar vigoroso que

se inicia en las Sociedades Económicas, y sea nuestra labor el mejor homenaje, la más sincera adhesión que como Amigos del País ofrezcamos al genio de Campomanes, de aquel que creyó que nosotros, convertidos en estudiantes de las necesidades sociales, seríamos la más certera garantía del porvenir de la Patria.

Esta sesión, que por mandatos reglamentarios llamamos extraordinaria, no tiene para nosotros, los Amigos del País, de extraordinario más que el honor que con vuestra presencia nos prestáis los que no pertenecéis a ella; no tiene de extraordinario ni aun siquiera que, abandonando nuestro humilde hogar, hayamos pedido asilo a este glorioso Ayuntamiento. En los días en que el genio del insigne astur sembraba los primeros granos de la semilla patriótica que tan maravillosas y constantes cosechas produjeron en el campo de las Sociedades Económicas, la hidalga generosidad del Concejo madrileño nos cedió su llamada Sala de Juntas, con especial servidumbre, para que aquí se congregasen los Amigos del País. Y de entonces acá, yo os aseguro que ninguna corporación, ninguna entidad, ha estado tan unida al Municipio como la Económica Matritense. Y es que nosotros creemos que por encima de juicios y prejuicios, en la mayoría de los casos, más hijos de la ironía que de la justicia, el Ayuntamiento de Madrid es de lo más digno de loa de las instituciones del Estado; tanto, que si en ocasiones la diversidad de criterios de sus componentes la llevó al error, no sabemos de una sola ocasión en que sus deseos le hayan alejado del bien.

Y para nosotros, los que pertenecemos al Real Cuerpo, tampoco tiene esta solemnidad, aparte el marco, nada de extraordinario. Así son todas nuestras juntas semanales; así son, con la alteza de miras que se deriva de los trabajos leídos, las discusiones que después se traducen en informes, en memorias y en proyectos; sólo que nosotros, para servir a la Patria, prescindimos del ruido por creer que el ruido, a la postre, redundará más que en el mérito de la obra, en pró del nombre del autor. Y en esto permitidme os diga que vivimos muy atrasados; en lugar de pedir al Estado, le ofrecemos la modestia de nuestra colaboración; en vez de sostenerla con gritos o manifestacio-

nes, preferimos afianzarla con el poder del razonamiento; en lugar de amenazar, suplicamos. Ya veis, pues, si tengo razón al deciros que somos unos reaccionarios sin enmienda posible.

Recibid señores, los que hoy nos honráis con vuestra presencia, el homenaje de nuestro reconocimiento y sed todos portadores de la idea de que aún viven, y aún trabajan, de que aún son útiles a la Patria las gloriosas corporaciones cuya instauración, para bien del país, germinó un día en el entendimiento de uno de los hombres más preclaros de la historia: de nuestro padre Campomanes.

He dicho.

